



# De Glasgow a Charleston

Julio Verne



pehuén

# I

## EL «DELFIN»

**E**L PRIMER RÍO CUYAS AGUAS ESPUMARON bajo las ruedas de un barco de vapor, fue el Clyde, en 1812. El barco se llamaba el Cometa, y hacía un servicio regular entre Glasgow y Greenock, con una velocidad de 6 millas por hora. Desde entonces más de un millón de barcos de vapor han remontado o descendido la corriente del río escocés, y los habitantes de la gran ciudad mercantil deben haberse familiarizado con los prodigios de la navegación por medio del vapor.

Sin embargo, el 2 de diciembre de 1862, un gentío enorme, compuesto de armadores, comerciantes, fabricantes, trabajadores, marineros, mujeres y niños, obstruía las fangosas calles de Glasgow, dirigiéndose a Kalvindock, vasto establecimiento de construcciones navales, pertenecientes a MM. Tod y Mac-Grégor. Este último nombre prueba super abundantemente que los famosos descendientes de los Higlanders se han hecho industriales, y que los vasallos de los viejos *clans* se han hecho jornaleros de fábrica.

Kalvindock dista algunos minutos de la ciudad; está en la derecha del Clyde. Los inmensos astilleros fueron pronto inva-

didados por los curiosos; ni una punta de muelle, ni una tapia de patio, ni un tejado de almacén ofreció un sitio desocupado; el mismo río estaba cuajado de embarcaciones; en la orilla izquierda, hormigueaban los espectadores en las alturas de Govan.

No se trataba, a pesar de todo, de ninguna ceremonia extraordinaria, sino sencillamente de botar un buque al agua. El público de Glasgow tenía sobrado motivo de estar harto de operaciones semejantes. El *Delfín* (así se llamaba el buque construido por MM. Tod y Mac-Grégor) ¿ofrecía pues alguna particularidad? No, en verdad. Era un gran barco de 1.500 toneladas, de plancha de acero, y en la cual todo se había combinado para obtener una marcha superior. Su máquina, procedente de los obradores de Lancefield-forge, era de alta presión y de 500 caballos de fuerza efectiva. Ponía en movimiento dos hélices gemelas, situadas a ambos lados del codaste, en las partes delgadas de la popa y completamente independientes entre sí, aplicación nueva del sistema de Dugeon y Milwal, que da gran velocidad a los buques y les permite evolucionar en un círculo muy pequeño. Los inteligentes afirmaban que el calado del *Delfín*, poco considerable, daba a entender que no estaba destinado a grandes profundidades. Pero todas estas particularidades eran insuficientes para justificar la aglomeración del público. En resumen, el *Delfín* era un buque como otro cualquiera. ¿Habría que vencer, para botarlo, alguna dificultad mecánica? Tampoco. El Clyde había ya sentido en sus aguas muchos buques de mayor porte que el *Delfín*; éste debía botarse del modo más vulgar y sencillo.

En efecto, así que se dejó sentir el reflujo, empezaron las maniobras; los martillazos resonaron con perfecta uniformidad sobre las cuñas destinadas a elevar la quilla del buque, por cuya maciza construcción no tardó en correr un súbito estremecimiento; pronto empezó a desviarse, el movimiento se aceleró, y al cabo de algunos instantes, el *Delfín*, abandonando los rodillos

cuidadosamente ensebados, se encontró en el agua, en medio de espesas volutas de blancos vapores. Su popa chocó contra el fondo, cenagoso del río, volvió a elevarse sobre el lomo de una ola gigantesca, y el magnífico barco, arrastrado por su propio impulso, se hubiera estrellado contra los andenes de los astilleros de Govan, si todas sus anclas, cayendo a un tiempo con formidable estruendo, no le hubieran contenido.

La operación había tenido completo éxito. El *Delfín* se mecía tranquilamente en las aguas del Clyde. Todos los espectadores batieron palmas cuando tomó posesión de su elemento natural, y vivas entusiastas resonaron en ambas orillas.

Pero ¿por qué resonaban aquéllos aplausos? Sin duda a los espectadores más apasionados les hubiera costado trabajo explicar su entusiasmo. ¿Cuál era pues la causa de las simpatías que el buque inspiraba? Pura y simplemente el misterio que encubría su destino. Se ignorante a qué género de comercio iba a ser dedicado; la diversidad de opiniones emitidas sobre este punto por los distintos grupos de curiosos hubiera asombrado con justicia a cualquiera.

Los que estaban o pretendían estar, mejor informados, aseguraban que el buque estaba destinado a desempeñar un papel en la guerra terrible que devastaba en aquella época los Estados Unidos de América. Cero nada más sabían, y nadie podía decir si el *Delfín* era un corsario o un transporte confederado o federal.

—¡Viva! exclamaba uno, afirmando que estaba construido por cuenta del Sur. —¡Hip! ¡hip! ¡hip! —gritaba otro, jurando que jamás buque más ligero había cruzado las costas americanas.

En resumen; para saber la verdad, hubiera sido preciso ser asociado o íntimo amigo de Vicente Playfair y compañía, de Glasgow.

Rica, poderosa e inteligente casa de comercio, era la que tenía por razón social Vicente Playfair y compañía, antigua y honrada familia, descendiente de los lores Tobacco, que edifica-

ron los mejores barrios de la ciudad! Aquellos hábiles negociantes, después del acta de la Unión, habían formado las primeras factorías de Glasgow, traficando en tabacos de Virginia y Maryland. Se hicieron fortunas inmensas en aquel nuevo centro de comercio. No tardó Glasgow en hacerse industrial y manufacturera; fábricas de tejidos y de fundición se edificaron por todas partes, y en pocos años llegó al extremo la prosperidad de la población.

La casa de Playfair permaneció fiel al espíritu emprendedor de sus antepasados. Se lanzó a las operaciones más atrevidas, sosteniendo el honor del comercio inglés. Su actual jefe, Vicente Playfair, hombre de cincuenta años, de temperamento esencialmente práctico y positivo, aunque audaz, era un armador de pura sangre. Fuera de las cuestiones mercantiles, nada le impresionaba, ni el lado político de las transacciones. Por lo demás, era honrado a carta cabal, e incapaz de una deslealtad.

Pero no podía reivindicar la idea de haber construido y armado el *Delfín*, pues pertenecía a Jacobo Playfair, su sobrino, guapo mozo de treinta años, el más atrevido capitán de la marina mercante del Reino Unido.

Un día, en Tontine-coffee-room, bajo las bóvedas de la sala de la ciudad, Jacobo, después de leer con ira los periódicos americanos, participó a su tío un proyecto arriesgadísimo.

—Tío Vicente —le dijo, poniéndose encarnado con, o la grana—, pueden ganarse dos millones en menos de un mes. —¿Y qué se arriesga? —preguntó el tío.

—Un buque y un cargamento. —¿Nada más?

—Sí, el pellejo del capitán y de la tripulación; pero eso no se cuenta.

—Vamos a ver —dijo el tío Vicente, picado por la curiosidad.

—La cosa es clara. ¿Habéis leído la *Tribuna*, el *New York Herald*, el *Times*, el *American Review*?

—Veinte veces, sobrino.

—¿Creéis como yo, que la guerra de los Estados Unidos durará aún mucho tiempo?

—Mucho.

—¿Sabéis cuánto perjudica esta guerra los intereses de Inglaterra, y particularmente los de Glasgow?

—Y más especialmente aún los de la casa Playfair y compañía —añadió el tío.

—Esos sobre todo —replicó el sobrino.

—Cada día me aflijo más, Jacobo, al pensar en los desastres comerciales que esa lucha puede traer consigo. No es esto decir que la casa Playfair no sea fuerte; pero tiene corresponsales que pueden quebrar. ¡Ah! ¡el diablo se lleve a todos los americanos, sean esclavistas o abolicionistas!

Si bajo el punto de vista de los grandes principios de humanidad, superiores siempre a los intereses personales, Vicente Playfair hacía mal en expresarse de este modo, tenía razón bajo el punto de vista puramente comercial. En la plaza de Glasgow se carecía de la más importante materia de la exportación americana. *El hambre de algodón*, empleando la enérgica expresión inglesa, se hacía cada vez más temible. Millares de trabajadores se veían obligados a implorar la caridad pública. Glasgow posee 25.000 telares mecánicos que, antes de la guerra, producían 625.000 metros de algodón hilado cada día, es decir 50.000.000 de libras por año. Por estas cifras pueden calcularse las perturbaciones ocurridas en el movimiento industrial de la ciudad, cuando llegó a faltar casi por completo la materia hilable. Las quiebras eran continuas. Todas las fábricas suspendían sus trabajos. Los jornaleros perecían de hambre.

El espectáculo de aquella inmensa miseria había inspirado a Jacobo Playfair la idea de su atrevido proyecto.

—Iré a buscar algodón —dijo, y lo traeré, cueste lo que cueste.

Pero como era tan «negociante» como su tío, resolvió proponer la operación bajo la forma de un negocio mercantil.

–He aquí mi idea, tío –dijo.

–Veamos.

–Es muy sencilla. Vamos a construir un buque de marcha superior y de gran capacidad.

–Eso es muy posible.

–Lo cargaremos de municiones de guerra, víveres y vestuarios.

–Bueno.

–Tomaré el mando del barco. Desafiare a la carrera a todos los buques de la marina federal. Forzare el bloqueo de uno de los fuertes del Sur...

–Venderás caro el cargamento a los confederados que lo necesiten –dijo el tío.

–Y volveré con algodón.

–Que te darán de balde.

–Justamente, tío. ¿Qué tal?

–Muy bien. ¿Pero podrás pasar?

–Pasaré, si mi buque es bueno.

–Se hará uno exprofeso. Pero ¿y la tripulación?

–¡Oh! yo la encontraré. No necesito mucha gente. Basta maniobrar. No trato de batirme con los federales, sino de burlarlos.

–Los burlarás –respondió el tío con voz segura–. Dime, ¿a qué puerto americano piensas dirigirte?

–Hasta ahora, algunos buques han forzado el bloqueo de Nueva Orleans, de Willmington y de Savannah. Pero yo trato –de entrar directamente en Charleston. Ningún buque inglés, a excepción de la *Bermuda*, ha podido penetrar en sus pasos. Haré lo mismo que él, y, si mi buque cala poco, iré hasta donde no puedan seguirme los buques federales.

–Lo cierto es –dijo el tío Vicente que Charleston está repleto de algodón. Lo quemar para librarse de él.

–Además, la ciudad está casi cercada. Beauregard carece de municiones, y pagará mi cargamento a peso de oro.

–¡Bien, sobrino! ¿Cuándo quieres partir?

–Dentro de seis meses. Necesito las noches largas de invierno para pasar más fácilmente.

–Se hará como deseas, sobrino.

–Está dicho, tío.

He aquí por qué cinco meses después, los astilleros de Kalvindock botaban al agua el *Delfín*, y por qué nadie conocía su verdadero destino.

## II EL APAREJO

**E**L DELFÍN ESTUVO PRONTO LISTO. Todo lo preciso para aparejarlo estaba dispuesto, y sólo hubo que ajustarlo. El *Delfín* llevaba tres palos de goleta, lujo casi inútil, pues, para librarse de los federales, no contaba, y hacía bien, con el viento, sino con la poderosa máquina que encerraba.

A últimos de diciembre, el *Delfín* fue a hacer sus ensayos en el golfo del Clyde. Difícil sería decir quién quedó más satisfecho, si el constructor o el capitán.

El nuevo buque volaba y el *patent-log*\* no tardó en marcar una velocidad de 17 millas por hora, velocidad que nunca había alcanzado buque alguno, inglés, francés o americano. Indudablemente, el *Delfín*, luchando con los buques más ligeros, hubiera ganado por muchos cables en una competición marítima.

El 25 de diciembre, empezó la estiba. El buque se colocó en el muelle, un poco más abajo de Glasgow Bridge, el último puente que atraviesa el Clyde antes de su desembocadura. Allí, se hallaba almacenada una provisión inmensa de víveres, municiones y

\* Instrumento que marca la velocidad.

vestuario, que pasó rápidamente a la sentina del *Delfín*. La naturaleza del cargamento revelaba el misterioso destino del buque, y la casa Playfair no pudo guardar el secreto por más tiempo. Por otra parte, el *Delfín* no podía tardar en hacerse a la mar. Ningún crucero americano se había señalado en las aguas inglesas; además ¿al tratar de reclutar la tripulación, era posible guardar silencio? ¿Podía engancharse un marinero sin darle a conocer su destino? Pues, cuando un hombre arriesga su pellejo, desea saber cómo y por qué.

Pero esta perspectiva no retrajo a nadie. El salario era bueno, y además cada tripulante tendría parte en las ganancias. Los marineros se presentaron en gran número, y eran de los mejores. Jacobo pudo elegir bien; al cabo de veinticuatro horas, su lista de tripulantes contenía treinta nombres de marineros que hubieran hecho honor al yate de Su Muy Graciosa Majestad.

Se fijó la partida para el 3 de enero. El 31 de diciembre, el *Delfín* estaba listo. Su sentina rebosaba municiones y víveres; su bodega estaba atestada de carbón. Nada le retenía ya.

El 2 de enero el capitán se hallaba a bordo, paseando su inteligente mirada por todo el barco, cuando se presentó un hombre en el *Delfín* preguntando por Jacobo Playfair. Uno de los marineros le condujo a la toldilla.

Era un mocetón robusto, ancho de espaldas, coloradote, y cuyo semblante sencillo no ocultaba cierto fondo de sagacidad y chispa. No parecía muy versado en las cosas marítimas, y miraba en torno suyo como hombre que no ha frecuentado muchas cubiertas de buque. Pero se daba los aires de lobo de mar, mirando el aparejo del *Delfín* y meneando el cuerpo como los marineros.

Llegado a presencia del capitán, le miró cara a cara y le dijo:

—¿El capitán Jacobo Playfair?

—Yo soy —respondió Jacobo—. ¿Qué quieres?

—Embarcarme a bordo de vuestro barco.

—No hay plaza vacante.

—¡Oh! Un hombre más no os estorbará, sino al contrario.

—¿Lo crees así? —dijo Jacobo, mirando al blanco de los ojos de su interlocutor.

—Estoy seguro —respondió el marinero.

—Pero ¿quién eres?

—Un marinero fuerte, os lo aseguro, un mozo de pelo en pecho, un hombre de temple. Dos brazos vigorosos como los que tengo el honor de ofrecemos, no son realmente grano de anís, a bordo de un buque.

—Pero habiendo otros buques, ¿por qué vienes aquí?

—Porque quiero servir precisamente a bordo del *Delfín*, y a las órdenes del capitán Jacobo Playfair.

—No te necesito.

—Siempre se necesita un hombre vigoroso; si para probar mi fuerza, queréis ensayarme con tres o cuatro de vuestros hombres, estoy dispuesto.

—¡Buena pieza estás! ¿Cómo te llamas?

—Crockston, para serviros.

El capitán retrocedió algunos pasos para examinar mejor a aquel Hércules que se le presentaba tan de frente. Su figura, su estatura, todo su aspecto afirmaba sus palabras. Se comprendía que debía poseer una fuerza poco común y que no era blanco.

—¿Dónde has navegado? —le preguntó Playfair.

—Un poco en todas partes.

—¿Sabes lo que va a hacer el *Delfín*?

—Por eso he venido, precisamente por eso.

—Pues bien, Dios me condene si dejo escapar un muchacho de tu temple. ¡Ve a buscar al segundo, y que te apunte en lista!

Dichas estas palabras, Jacobo esperaba ver a su hombre dar media vuelta y correr a proa; pero se engañaba. Crockston no se movía.

—¿Me has entendido? —le dijo el capitán.

—Sí —respondió el marinero—. Pero aún tengo algo que proponeros.

—Déjame en paz —respondió bruscamente Jacobo—. No tengo ganas de conversación.

—Dos palabras, ni más ni menos, voy a deciros. Tengo un sobrino.

—¡Bonito tío tiene!

—¡Eh! Eh! —exclamó Crockston.

—¿Acabarás? —exclamó el capitán impacientado.

—Pues bien; he aquí la cosa: quien toma al tío toma al sobrino, eso por sabido se calla.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí; es la costumbre. Nunca va el uno sin el otro.

—¿Y quién es tu sobrino?

—Un chico de quince años, un novato a quien enseñé el oficio. Tiene buena voluntad y llegará a ser un buen marino.

—¿Crees, acaso, maese Crockston, que el *Delfín* es una simple escuela de grumetes?

—No habléis mal de los grumetes —repuso el marinero—. Uno de ellos llegó a ser el almirante Nelson, y el otro el almirante Franklin.

—En fin —exclamó Jacobo—, tienes un modo de hablar que me hace gracia; trae a tu sobrino. Pero si no encuentro en el tío el mozo tremendo que dice ser, el tío se verá conmigo. Vuelve antes de una hora.

Crockston saludó con bastante torpeza al capitán del *Delfín*, y regresó al muelle. Una hora después, estaba de vuelta a bordo con su sobrino, muchacho flaco y enclenque, de aire tímido y que se parecía poco a su tío, por el aplomo moral y las cualidades vigorosas del cuerpo.. Crockston tuvo que animarle con algunas palabras.

—¡Vamos! —decía—. ¡Valiente! No nos comerán, ¡qué diablo! Además, aún estamos a tiempo de irnos.

—¡No, no! —replicó el jovencillo—. ¡Dios nos proteja!

El mismo día, el marinero Crockston y el grumete John Stiggs quedaban inscritos en el rol del *Delfín*.

Al día siguiente, a las cinco, los fuegos del buque se activaron, el puente empezó a temblar a impulso de las vibraciones de la caldera, y el vapor se escapaba silbando por las válvulas. Había llegado la hora de partir.

A pesar de lo matutino de la hora, una multitud compacta se apretaba en los muelles y en Glasgow Bridge, deseosa de saludar por última vez al atrevido buque.

Vicente Playfair estaba allí para despedirse de su sobrino; pero se condujo como un antiguo romano de los buenos tiempos. Su continente fue heroico; los dos sonoros besos que propinó a su sobrino eran claro síntoma de un alma vigorosa.

—Anda, Jacobo —dijo al joven capitán—; anda ligero y vuelve más ligero aún. Sobre todo, no dejes de abusar de tu posición. Vende caro, compra barato y merecerás el afecto de tu tío.

Después de esta recomendación, tomada del *Perfecto Comerciante*, tío y sobrino se separaron al mismo tiempo que todas las visitas se retiraban. En el mismo día, Crockston y John Stiggs se hallaban en el castillo de proa, y el primero dijo al segundo:

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha! ¡Antes de dos horas estaremos en el mar, y un viaje que empieza. así me da esperanzas!

Por toda respuesta, el joven estrechó la mano de su tío.

Jacobo Playfair daba en aquel momento las últimas órdenes para la salida.

—¿Hay presión? —preguntó al segundo.

—Sí, capitán —respondió Mr. Mathew.

—Pues largad las amarras.

La maniobra quedó ejecutada en el acto. Las hélices se pusieron en movimiento. El *Delfín* se animó, pasó entre los buques del puerto, y desapareció muy pronto de la vista de la multitud, que le saludaba con entusiásticos gritos.

La bajada del Clyde se efectuó fácilmente. Es un río que parece hecho por la mano del hombre y hasta por mano maestra. Desde hace sesenta años, gracias a las dragas y a una limpieza

incesante, ha ganado 15 pies en profundidad y se ha triplicado su anchura entre los muelles de la ciudad. El bosque de mástiles y chimeneas no tardó en perderse entre el humo y la niebla. La distancia apagó el ruido de los martillos de las fraguas y de las hachas de los astilleros. Al llegar a la altura del pueblo de Partick, las casas de recreo sustituyeron a las fábricas. El *Delfín*, moderando la energía de su vapor, navegaba entre los diques en contrapendiente que contienen el río, encajonando lo a veces en pasos muy estrechos; este inconveniente es de poca importancia, pues en un río navegable importa mucho más la profundidad que la anchura. Guiado el buque por uno de esos excelentes pilotos del mar de Irlanda, se deslizaba sin vacilar por entre las boyas, las columnas de piedra y las señales coronados por fanales que marcan el canal. Pronto pasó del pueblecito de Renfrew. El Clyde se ensanchó entonces al pie de las colinas de Kilpatrick y delante de la bahía de Bowling, en cuyo fondo se abre la boca del canal que une a Edimburgo con Glasgow.

Por fin, a 400 pies, en los aires, el castillo de Dumbarton dibujó su silueta, apenas perfilada en la bruma, y pronto en la orilla izquierda los barcos del puerto de Glasgow oscilaron bajo la acción de las olas agitadas por el *Delfín*. Algunas millas más allá, Greenock, la patria de Jacobo Walt, quedó atrás. Hallábase entonces el *Delfín* en la desembocadura del Clyde y a la entrada del golfo por el cual vierte sus aguas en el canal del Norte. Allí se estremeció al sentir las primeras ondulaciones del mar y pasó a la vista de las pintorescas costas de la isla de Arran.

Por fin dobló el cabo de Cantyre, que atraviesa el canal, reconoció la isla de Rathlin y el práctico volvió en su bote a su pequeño *cutter*. El *Delfín*, devuelto a la autoridad exclusiva de su capitán, tomó, al Norte de Irlanda, un derrotero menos frecuentado, y pronto, habiendo perdido de vista las últimas tierras europeas, se encontró en pleno océano.

### III

## En alta mar

**E**L DELFÍN TENÍA UNA TRIPULACIÓN MAGNÍFICA, no precisamente para un combate a abordaje, sino para la maniobra. No necesitaba más. Aquellos muchachos eran todos resueltos, pero más o menos negociantes. Corrían, no tras la gloria, sino tras la fortuna. No tenían pabellón que enseñar, colores que apoyar a cañonazos; toda la artillería del buque se reducía a dos pedreros de señales.

El *Delfín* volaba, respondiendo a las esperanzas de los constructores y del capitán, y pronto pasó del límite de las aguas inglesas. Ni un buque a la vista, la gran carretera del océano estaba libre.

Por otra parte, ningún buque federal tenía derecho a atacarle bajo pabellón inglés, aunque podían seguirle e impedir que quebrantara bloques. En vista de estas razones, Jacobo lo había sacrificado todo a la ligereza de su buque, para que nadie fuera capaz de alcanzarlo.

A pesar de todo, el servicio a bordo se hacía con esmerada vigilancia. El frío no impedía que un centinela se hallara siempre en la arboladura, pronto a dar aviso si divisaba en el horizon-

te la más pequeña vela. Llegada la noche, el capitán hizo al segundo las advertencias más precisas.

—Relevad con frecuencia los vigías —le dijo—. El frío puede hacer que su vigilancia afloje.

—Entiendo, capitán —respondió Mr. Mathew.

—Os recomiendo a Crockston para ese servicio. Pretende tener muy buena vista; es preciso probarle. Inclúidle en el cuarto de la mañana para que vigile las brumas matutinas. Si ocurre algo, avisadme.

Dicho esto, Jacobo se encerró en su camarote. Mr. Mathew llamó a Crockston y le trasmitió las órdenes del capitán.

—Mañana, a las seis, subirás a tu puesto de observación, en las barras de trinquete.

Crockston, a manera de respuesta, profirió un gruñido de los más afirmativos. Pero aún no había vuelto la espalda el segundo, cuando el marinero empezó a murmurar, acabando por decir:

—¿Qué diablos querrá decir con eso de *barras de trinquete*?

En aquel momento, su sobrino John Stiggs se acercó a él y le dijo:

—¿Qué tal, mi buen Crockston?

—Bien. Vamos marchando —respondió el marinero con forzada sonrisa—. Sólo me fastidia una cosa. Este demonio de barco se sacude las pulgas como un perro que sale del río, de modo que me siento algo revuelto.

—¡Pobre amigo mío! —dijo el grumete, mirando a Crockston con vivo sentimiento de gratitud.

—¡Y cuando pienso —repuso el marinero— que a mi edad me permito marearme!... ¡Soy una mujercilla! Pero vamos andando. También me fastidian las barras de trinquete...

—Querido Crockston, lo hacéis por mí...

—Por vos y por él; pero basta de conversación acerca de esto. Dios nos protegerá. Confíemos en Él.

John Stiggs y Crockston regresaron al puesto de los marineros. El tío no se durmió hasta ver al grumete acostado en el estrecho camarote que le estaba destinado.

Al amanecer, Crockston se levantó para ocupar su puesto. Subió a cubierta, y el segundo le dio orden de trepar a la arboladura y vigilar bien.

El marinero parecía algo indeciso, pero al fin se dirigió hacia la popa.

—Pero ¿adónde vas? —gritó Mr. Mathew.

—A donde me enviáis —respondió Crockston.

—Te he dicho que a las barras de trinquete.

—Pues allá voy —dijo el marinero, continuando hacia la popa.

—¿Te estás burlando de mí? —repuso Mr. Mathew con impaciencia—. ¿Vas a buscar las barras de trinquete en el palo mesana? ¿A que ni siquiera sabes lo que es tomar un rizo? ¿A bordo de qué gabarra has navegado? ¡Al palo trinquete, bárbaro, al trinquete!

Los marineros de cuarto, que se habían aproximado al oír los gritos, no pudieron menos de soltar la carcajada al ver el aire perplejo de Crockston, que volvía hacia la proa.

—Es decir exclamó, midiendo con la vista el palo cuyo extremo, absolutamente invisible, se perdía en las nieblas de la mañana—: ¿es decir que tengo que subir allá arriba?

—Sí —replicó Mr. Mathew—, y despacha pronto. ¡Por vida de san Patricio! Un buque federal podría meter su bauprés en nuestra jarcia antes de que este gandul llegara a su puesto. ¿Vas o no?

Crockston, sin despegar los labios, se encaramó penosamente, como quien no sabe hacer uso de sus pies ni de sus manos; pero al llegar a la cofa, en lugar de trepar con ligereza, permaneció inmóvil, agarrándose a la jarcia con la energía de un hombre sobrecogido por el vértigo. Mr. Mathew, cansado de tanta torpeza, y sintiendo que la ira le dominaba, le mandó bajar inmediatamente a cubierta.

—Ese majadero —dijo al contraestre— no ha sido marinero en su vida. Johnston, registrad su maleta.

El contraestre desapareció.

Crockston, entretanto, bajaba penosamente; pero, habiéndole fallado un pie, se agarró a una cuerda arriada en banda, que cedió, y el pobre hombre cayó rudamente sobre cubierta.

—¡Torpe! ¡bestia! ¡marino de agua dulce! —dijo Mr. Mathew, a modo de consuelo—. ¿Qué has venido a hacer en el *Delfín*? Te has hecho pasar por un buen marinero, y no distingues el mesana del trinquete. ¡Pues bien, vamos a charlar un poco!

Crockston callaba. Volvía la espalda como hombre dispuesto a recibirlo todo. Precisamente entonces regresó de su visita el contraestre.

—He aquí —dijo éste, dirigiéndose al segundo— lo que he encontrado. Una cartera sospechosa con cartas.

—¡Venga! —exclamó Mr. Mathew—. ¡Cartas con el timbre de los Estados Unidos del Norte! ¡M. Halliburtt de Boston! ¡Un abolicionista! ¡Un federal!... ¡Miserable! ¿Has venido a hacernos traición? No tengas cuidado, vas a probar las uñas del gato de nueve colas. ¡Contraestre, avisad al capitán! ¡Y vosotros, muchachos, vigilad a este pillito!

Crockston, al recibir tales piropos, ponía una cara endemoniada, pero no respondía. Le habían atado al cabrestante y no podía mover los pies ni las manos.

Jacobo salió de su camarote y se dirigió hacia la popa. El segundo le puso en el acto al corriente de todo.

—¿Qué tienes que alegar? —preguntó el capitán dirigiéndose a Crockston y conteniendo apenas su enojo.

—Nada —respondió Crockston.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Nada.

—¿Quién eres? ¿Un americano, como al parecer indican estas cartas?

Crockston calló.

—¿Contra maestre! —dijo Jacobo Playfair—; cincuenta zurriagazos para desatarle la lengua. ¿Serán bastante, Crockston?

—Veremos —dijo sin pestañear el tío del grumete John Stiggs. —¡Andad vosotros! —dijo el contra maestre.

Al oír este mandado, dos vigorosos marineros despojaron a Crockston de su blusa de lana. Levantaban ya el temible instrumento sobre las espaldas del paciente, cuando el grumete John Stiggs, pálido y desencajado, se precipitó hacia Jacobo Playfair.

—¡Capitán! —gritó.

—¡Ah! ¡el sobrino! —dijo el capitán.

—Capitán —repuso el grumete haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—; os diré lo que Crockston no ha querido decir. Sí, es americano, y yo también; los dos somos enemigos de los esclavistas, pero no traidores que hayamos venido a entregar el *Delfín* a las tropas federales.

—¿A qué habéis venido entonces? —preguntó el capitán con voz serena, examinando atentamente al muchacho.

Este vaciló algunos instantes antes de responder, Y después, con voz bastante serena, dijo:

—Capitán, quisiera hablaros a solas.

Mientras John Stiggs formulaba esta petición, Jacobo Playfair no dejaba de mirarle atentamente. La cara joven y amable del grumete, la fineza y delicadeza de sus manos, disimulada apenas por una capa de brea, sus rasgados ojos cuya animación no podía extinguir su dulzura; todo aquel conjunto hizo concebir al capitán cierta idea. Así que el grumete hubo terminado su petición, Playfair miró a Crockston, que se encogió de hombros; después fijó sobre el muchacho una interrogadora mirada que no pudo sostener, y le dijo esta sola palabra:

—Seguidme.

John siguió al capitán a la toldilla. Allí, Jacobo Playfair,

abriendo la puerta de su camarote, dijo al grumete, cuyas mejillas estaban pálidas de emoción:

—Tomaos la molestia de entrar, miss.

John se puso encarnado como una cereza; dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—Tranquilizaos, miss —dijo Jacobo Playfair con voz más dulce—, y hacedme el favor de decirme a qué circunstancia debo el honor de teneros a bordo.

La joven vaciló un instante, pero tranquilizada por la mirada del capitán se decidió a hablar.

—Caballero —dijo—, voy a unirme a mi padre, que está en Charleston. La ciudad está cercada por tierra y bloqueada por mar. Supe que el *Delfín* se proponía forzar el bloqueo y decidí tomar pasaje a su bordo. Dispensadme si lo he hecho sin vuestro consentimiento. Me lo hubiérais negado.

—Indudablemente.

—He hecho, pues, bien en no pedíroslo —dijo la joven con voz más firme.

El capitán se cruzó de brazos, y después de dar una vuelta por el camarote:

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Jenny Halliburtt.

—Vuestro padre, si recuerdo bien lo que dicen las señas escritas en las cartas cogidas a Crockston, es de Boston.

—Sí, señor.

—¿Cómo un hombre del Norte se halla en una ciudad del Sur en lo más serio de la guerra?

—Está prisionero. Se hallaba en Charleston cuando se dispararon los primeros tiros de la guerra civil y cuando las tropas de la Unión fueron desalojadas del fuerte Sumter por los confederados. Las opiniones de mi padre le hacían odioso a los esclavistas y, a pesar de todos sus desvelos, fue preso por orden del general Beauregard. Yo estaba entonces en Inglaterra, al lado de una

señora de nuestra parentela, que acaba de morir, y sola, sin más apoyo que Crockston, el servidor más fiel de mi familia, he querido unirme a mi padre y compartir su prisión.

—¿Qué era, pues, Mr. Halliburtt?

—Un leal y valeroso periodista —respondió Jenny con orgullo—; uno de los más dignos redactores de la Tribuna\*, el que más intrépidamente ha defendido la causa de los negros.

—¡Un abolicionista! —exclamó violentamente el capitán—, ¡uno de esos hombres que con el pretexto de abolir la esclavitud, han cubierto su país de sangre y de ruinas!

—Caballero —repuso Jenny Halliburtt palideciendo—: no sé cómo no os avergüenza insultar a mi padre, estando yo sola para defenderle.

Un vivo rubor subió a la frente del joven capitán, se apoderó de él una mezcla extraña de cólera y vergüenza. Iba tal vez a responder groseramente a la joven, pero logró contenerse y abrió la puerta del camarote.

—¡Contramaestre! —gritó.

El contramaestre se presentó en el acto.

—Este camarote será en lo sucesivo de miss Jenny Halliburtt —dijo Jacobo Playfair—. Que me preparen una hamaca en el fondo de la toldilla. No necesito más.

El contramaestre miraba atónito al joven grumete calificado de miss, pero, a una seña de Jacobo Playfair, salió.

—Y ahora, miss, estáis en vuestra casa —dijo el capitán del *Delfín*.

Dicho esto, se retiró.

\* Periódico abolicionista.

## IV

### PICARDÍAS DE CROCKSTON

**T**ODA LA TRIPULACIÓN SUPO MUY PRONTO LA HISTORIA de miss Halliburtt. Crockston no se hizo de rogar para contarla. Por orden del capitán, el fiel servidor había sido desatado y el gato de nueve colas había vuelto a su escondrijo.

—¡Bonito animal! —dijo Crockston—; sobre todo cuando no araña.

Así que se vio libre, bajó al puesto de los marineros y tomó una maleta que llevó a Jenny. Esta pudo recobrar su traje de mujer, pero no volvió a aparecer sobre cubierta.

En cuanto a Crockston, habiendo todos reconocido que era menos marino que un mozo de caballos, quedó dispensado de todo servicio.

Entre tanto el *Delfín* seguía navegando por el Atlántico, cuyas olas torcía con su doble hélice. Toda la maniobra estaba reducida a vigilar atentamente. Al día siguiente, Jacobo Playfair paseaba con rápido paso por la toldilla. No había hecho ninguna tentativa de volver a ver a la joven para reanudar la conversación.

Mientras paseaba, Crockston se cruzaba frecuentemente con él y le examinaba haciendo un gesto de satisfacción. Evidente-

mente, ansiaba hablar con el capitán, mirándole con tal insistencia que acabó por impacientarle.

—Vaya, ¿qué quieres aún? —dijo Jacobo interpellando al americano—. Das vueltas a mi alrededor como un nadador en torno de una boya. ¿Va a ser esto el cuento de nunca acabar?

—Dispensadme, capitán —replicó Crockston guiñando un ojo—; tengo algo que deciros.

—¿Hablaras?

—¡Oh! es muy sencillo. Quiero deciros que sois un hombre honrado en el fondo.

—¿Por qué en el fondo?

—Y también en la superficie.

—No necesito piropos.

—No son piropos. Esperaré para echároslos a que hayáis llegado al fin.

—¿A qué fin?

—Al de vuestra misión.

—¡Ah!... ¿tengo una misión que cumplir?

—Es claro, habéis recibido a la niña y a mí. Bien. Habéis cedido vuestro camarote a miss Jenny. Bien. Me habéis perdonado los correazos. No puede ir mejor. Nos lleváis a Charleston. Es admirable. Pero no basta.

—¿Cómo! ¿no es eso todo?

—¡Ca, no señor! —respondió Crockston con aire picaresco—. El padre está prisionero allá abajo.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que es preciso liberarle.

—¿Liberar al padre de miss Jenny?

—Sin duda. ¡Un hombre de bien! ¡Un ciudadano honrado! Vale la pena que se haga algo por él.

—Maese Crockston —dijo Jacobo frunciendo el entrecejo—; me parece que eres un bromista de marca mayor. Pero, recuerda esto: no estoy de humor para bromas.

—Os equivocáis, capitán. No pienso en chancearme. Os hablo formalmente. Lo que os propongo os parece absurdo en este momento, pero, así que hayáis reflexionado, os convenceréis de que no podéis pasar por otro punto.

—¡Cómo! ¿tendré que liberar a míster Halliburtt?

—Eso mismo. Pediréis su libertad al general Beauregard, que no os la negará.

—¿Y si me la niega?

—Entonces —respondió Crockston con la mayor naturalidad— emplearemos los grandes recursos, y liberaremos al prisionero ante las barbas de los confederados.

—De manera que, no contento con atravesar las escuadras federadas y con forzar el bloqueo de Charleston, tendré que tomar el mar bajo el cañón de los fuertes, y todo eso por liberar a un señor a quien no conozco, a uno de esos abolicionistas que detesto, uno de esos emborronadores de papel que derraman tinta en vez de derramar su sangre.

—¡Oh! ¡cañonazo más o menos! —añadió Crockston.

—Maese Crockston —dijo Jacobo Playfair—; escucha bien: si tienes la desgracia de volver a hablarme de ese asunto, te envío al fondo de la sentina por todo el tiempo de la travesía, para que aprendas a contener la lengua.

Y el capitán despidió al americano, que se alejó murmurando:

—¡Bah! no estoy descontento de la conversación. Ya se lo he dicho. Esto marcha; esto marcha.

Jacobo, al decir «un abolicionista a quien detesto» había dicho más de lo que sentía. No era partidario de la esclavitud, pero no quería admitir que la cuestión de la esclavitud fuera predominante en la guerra de los Estados Unidos, a pesar de las declaraciones del presidente Lincoln. ¿Pretendía que los Estados del Sur, ocho de treinta y seis, tenían el derecho de separarse, puesto que se habían reunido voluntariamente? Nada de eso.

Detestaba a los del Norte, y esto era todo. Los detestaba como antiguos hermanos separados de la familia, verdaderos ingleses que habían juzgado oportuno hacer lo que él, Jacobo Playfair, aprobaba en los Estados confederados. Tales eran las opiniones políticas del capitán del *Delfín*; pero, sobre todo, la guerra le perjudicaba personalmente, y odiaba a los que la hacían. Se comprende, pues, que acogiera mal la proposición de salvar a un federal y de ponerse en contra de los confederados, con quienes pretendía traficar.

Las insinuaciones de Crockston no le dejaban en paz ni un instante. Quería desechar su recuerdo, pero éste asediaba sin descanso su mente; cuando, al otro día, miss Jenny subió un momento a cubierta, no se atrevió siquiera a mirarla.

Aquella joven, de rubia cabellera, de ojos rasgados e inteligentes, merecía ser mirada por un joven de treinta años, pero Jacobo se encontraba perplejo en su presencia, comprendía que aquella encantadora criatura poseía un alma fuerte y generosa, educada en la escuela de la desgracia. Comprendía que su silencio para con ella encerraba una negativa a acceder a sus votos más fervientes. Por lo demás, miss Jenny, aunque no buscaba a Jacobo, tampoco le evitaba Miss Halliburtt salía poco de su camarote y nunca hubiera dirigido la palabra al capitán, si una estrategia de Crockston no les hubiera hecho encontrarse.

El digno americano era un fiel servidor de la familia de Halliburtt. Había sido educado en casa de su amo, y su adhesión no tenía límites. Su buen sentido igualaba a su valor. Tenía una manera particular de ver las cosas, una filosofía particular respecto a los acontecimientos; no se desanimaba nunca, sabiendo salir de apuros en las circunstancias más difíciles.

Se había empeñado en liberar a míster Halliburtt, empleando, para salvarle, el buque del capitán y al capitán mismo, y regresar a Inglaterra. Tal era su proyecto, aunque la joven sólo pretendía compartir el cautiverio con su padre. Crockston trata-

ba, en consecuencia, de convencer a Playfair. Le había abordado, pero el enemigo no se había rendido; al contrario

«Es preciso —se dijo—, es preciso absolutamente que miss Jenny y el capitán se entiendan. Si hacen el mudo durante toda la travesía, no conseguiremos nada. Es preciso que hablen, que discutan, hasta que riñan, pero que hablen; que me ahorquen si en la conversación el capitán no propone por sí mismo lo que ahora se niega a hacer.»

Pero cuando vio que los dos jóvenes evitaban encontrarse empezó a sentirse perplejo.

«Es preciso acabar de una vez», se dijo.

En la mañana del cuarto día entró en el camarote de miss Jenny, frotándose las manos con aire de completa satisfacción.

—¡Buena noticia —exclamó—, buena noticia! ¡Nunca adivinaríais lo que me ha propuesto el capitán! ¡Qué buen sujetos —¡Ah! —exclamó Jenny, cuyo corazón palpité violentamente; ha propuesto...

—Liberar a Mr. Halliburtt; robárselo a los confederados y llevarlo a Inglaterra.

—¿Es cierto? —gritó la joven.

—Como lo oís. ¡Es todo un hombre de corazón! Así son los ingleses. Muy malos o muy buenos. ¡Ah! puede contar con mi gratitud; me dejaría hacer pedazos por darle gusto.

Profunda fue la alegría de Jenny. ¡Liberar a su padre! Nunca se hubiera atrevido a concebir semejante proyecto. ¡Y el capitán del *Delfín* iba a arriesgar por ella su buque y su tripulación!

—Creo, miss —dijo Crockston—, que merece que le déis las gracias.

—¡Más que las gracias exclamó la joven—, una amistad eterna!

Y miss Jenny salió de su camarote, para ir a manifestar al joven capitán cuán reconocido le estaba su corazón.

«¡Esto va cada vez mejor! —murmuró el americano—. ¡Esto va que vuel!»

Paseábase Jacobo por la toldilla y, como se comprende, quedó sorprendido, por no decir estupefacto, al ver que la joven se acercaba a él, y con los ojos llenos de lágrimas de gratitud, le alargaba la mano, diciendo:

—¡Gracias, caballero, gracias por vuestro interés, que nunca me hubiera atrevido a esperar de un extraño!

—Miss —dijo el capitán, que no comprendía ni podía comprender—; no sé...

—Pero vais a correr muchos peligros por mí, tal vez comprometiendo vuestros intereses. Habéis hecho ya tanto, concediéndome a bordo una hospitalidad a que no tengo derecho alguno...

—Perdonadme, miss Jenny. —respondió Jacobo Playfair, pero os aseguro que no entiendo vuestras palabras. Me he conducido con vos como hace todo hombre bien educado con una mujer, y no merezco tanta gratitud.

—Caballero, inútil es fingir por más tiempo. Crockston me lo ha dicho todo.

—¡Ah! —dijo el capitán—: ¡Crockston os lo ha dicho todo! Entonces aún entiendo menos el motivo que os ha hecho abandonar vuestro camarote para...

Al hablar así, el capitán se hallaba en una situación difícil; recordaba la brutalidad con que había acogido la proposición del americano; pero Jenny, muy afortunadamente para él, no le dio tiempo para explicarse más, pues le interrumpió, diciendo:

—Caballero, al tomar pasaje a bordo de vuestro buque, no tenía otro proyecto que ir a Charleston; allí, por crueles que sean los esclavistas, no hubieran negado a una hija compartir la prisión de su padre. Esta era toda mi esperanza; nunca me hubiera atrevido a confiar en una libertad imposible, pero ya que vuestra generosidad llega al extremo de querer liberar a mi padre, ya que tratáis de intentarlo todo por salvarle, podéis contar con mi eterno agradecimiento. ¡Dejadme daros la mano!

Jacobo no sabía qué decir ni qué cara poner. No se atrevía a

tomar la mano que la joven le tendía. Sabía que Crockston le había *comprometido* para que no pudiera retroceder. Sin embargo, no entraba en sus ideas contribuir a la libertad de Mr. Halliburtt, empeñándose en tan arduo negocio. Pero ¿cómo destruir las esperanzas de aquella pobre hija? ¿Cómo rehusar la mano que le tendía con sentimiento de profunda amistad? ¿Cómo convertir en lágrimas de dolor las lágrimas de gratitud que brotaban de sus ojos?

Así, el joven trató de responder evasivamente, conservando su libertad de acción, sin soltar prenda para el porvenir.

—Miss Jenny —dijo—, creed que haré todo lo posible por...

Y tomó en sus manos la pequeña mano de Jenny; pero, al sentir su dulce presión, comprendió que su corazón se derretía, que su cabeza se turbaba; le faltaron palabras para expresar, sus pensamientos, y balbuceó:

—Miss... miss Jenny... por vos...

Crockston, —que le veía, se frotaba las manos, muy contento, repitiendo:

« ¡Esto corre que vuela! ¡corre que vuela!»

¿Cómo hubiera salido Jacobo de tan embarazosa situación? Difícil sería decirlo. Pero afortunadamente para él aunque no para el *Delfín*, se oyó la voz del vigia:

—¡Ohé! ¡oficial de cuarto!

—¿Qué hay? —Preguntó Mr. Mathew.

—¡Una vela!

Jacobo, dejando sola a la joven, se lanzó a los obenques de mesana.

## V

LAS BALAS DE LA «IROQUESA»  
Y LOS ARGUMENTOS DE MISS JENNY

**L**A NAVIGACIÓN DEL *DELFIN* HABÍA SIDO, hasta entonces, muy feliz y rápida. Ni un solo buque se había visto antes de la vela que el vigía acababa de señalar.

Hallábase el *Delfín* a 32° 15' de latitud y a 57° 44' O. del meridiano de Greenwich, esto es, a los tres quintos de su carrera. Hacía 48 horas que paseaba sobre el océano una niebla que entonces empezaba a levantarse. La bruma favorecía al *Delfín*, ocultando su marcha, pero también le impedía observar el mar en gran extensión, de manera que, sin sospecharlo, podía navegar, bordo a bordo digámoslo así, con los buques cuyo encuentro trataba de evitar.

Esto era precisamente lo que había sucedido. El buque señalado en aquel momento sólo distaba tres millas a barlovento.

Así que llegó a las barras, distinguió perfectamente una corbeta federal que marchaba a todo vapor. Se dirigía hacia el *Delfín*, para cortarle el camino.

El capitán bajó a cubierta, y dijo a su segundo:

—¿Qué pensáis de ese buque, Mr. Mathew?

—Que es un buque federal que ha adivinado nuestro objeto.

—En efecto, ya no cabe duda respecto a su nacionalidad— repuso Jacobo—. Mirad.

La corbeta enarbolaba en aquel momento el estrellado pabellón de los Estados Unidos, asegurando sus colores con un cañonazo.

—Nos invita a enseñar los nuestros —dijo Mr. Mathew—. Pues bien, enseñémoslos; no hay por qué avergonzarse de ellos.

—¿Para qué? Nuestro pabellón no nos cubriría, ni impediría que esas gentes quisieran visitarnos. No. Vamos adelante.

—Y de prisa —añadió Mr. Mathew—, porque si no me engaño, he visto ya esa corbeta en alguna parte, cerca de Liverpool, donde vigilaba los buques en construcción. Que pierda mi nombre si no se lee *La Iroquesa* en la tabla de su popa.

—¿Qué tal marcha tiene?

—Una de las mejores de la marina federal.

—¿Cuántos cañones tiene?

—Ocho.

—¡Poca cosa!

—¡Oh! no os encojáis de hombros, capitán. De esos ocho cañones hay dos giratorios, uno de ellos de 60 en la popa y otro de 100 sobre cubierta, ambos rayados.

—¡Diablo! ¡son Parrots, que tienen tres millas de alcance!

—Y más aún, capitán.

—Pues bien, Mr. Mathew, sean los cañones de 100 o de 4, alcancen tres millas o quinientas yardas, es lo mismo, cuando se corre bastante para evitar sus balas. Haced activar los fuegos.

El segundo transmitió al maquinista las órdenes del capitán y pronto una negra humareda brotó de las chimeneas.

Tales síntomas no debieron ser del agrado de la corbeta, pues hizo al *Delfín* señal de ponerse al paio. Pero Jacobo no hizo caso, y no varió la dirección de su marcha.

—Y ahora —dijo— vamos a ver lo que hace esa *Iroquesa*. Buena

ocasión se le presenta de saber cuánto alcanza su cañón de cien. ¡A todo vapor!

—¡Bueno! —dijo Mr. Mathew—. No tardaremos en recibir un magnífico saludo.

Al volver a la toldilla, encontró el capitán a miss Jenny, tranquilamente sentada.

—Miss Jenny le dijo—, ese buque que veis a barlovento va a darnos caza, y como nos va a hablar a cañonazos, os ruego aceptéis mi brazo para acompañarnos a vuestro camarote.

—Muchas gracias, Mr. Playfair —respondió la joven, mirándole con dulzura—; pero no me asusta un cañonazo.

—Pero, a pesar de la distancia, podéis correr peligro.

—¡Oh! no me han educado como una niña miedosa. En América nos acostumbran a todo. Os aseguro que las balas de la *Iroquesa* no me harán bajar la cabeza.

—Sois muy valiente, miss Jenny.

—Supongámoslo así, Mr. Playfair, y permitidme estar a vuestro lado.

—No puedo negaros nada, miss Halliburtt, dijo Jacobo, admirado de la serenidad que veía en la joven.

Apenas había pronunciado estas palabras, se vio una humareda blanca que brotaba de la corbeta federal. Antes de que se oyera el ruido de la detonación, un proyectil cilindro-ovejunal, girando sobre su eje con espantosa rapidez y atornillándose en el aire, por decirlo así, se dirigió al *Delfín*. Podía seguirse en su marcha, que se operaba con cierta lentitud relativa, porque los proyectiles salen de los cañones rayados con menor velocidad inicial que de los cañones de ánima lisa.

Llegada a 20 brazas del *Delfín*, la bala, cuya trayectoria se deprimía sensiblemente, rebotó sobre las olas, marcando su paso con una serie de surtidores; dejó al buque en la amplitud de uno de sus rebotes, pero le cortó, al paso, el brazo de estribor de la verga de trinquete, y se hundió a 30 brazas de distancia.

—¡Diablos! —exclamó Jacobo Plafair—. ¡Corramos! ¡corramos! no tardará en llegar la segunda bala.

—¡Oh! —dijo Mr. Mathew—: se necesita algún tiempo para cargar semejantes piezas.

—A fe mía, que esto es digno de verse —dijo Crockston que, cruzado de brazos, miraba la escena como personaje indiferente—. ¡Y pensar que son nuestros amigos quienes nos envían semejantes proyectiles.

—¡Ah! ¿eres tú? —gritó Jacobo, midiendo al americano de pies a cabeza.

—Yo soy, capitán —repuso imperturbable el americano—. Acabo de mirar cómo tiran ests valientes federales. ¡No lo hacen mal, no lo hacen mal!

El capitán iba a responder con acritud a Crockston pero, en aquel momento, un segundo proyectil se hundió en las aguas, a poca distancia de la banda de estribor.

—¡Bien! —gritó Jacobo—. ¡Hemos ganado dos cables sobre la *Iroquesa*! Tus amigos corren como una boya. ¿Oyes maese Crockston?

—No diré que no —repuso el americano—, y, por primera vez en mi vida, me alegro de eso.

Un tercer proyectil quedó mucho más atrás que los dos primeros, y, en menos de diez minutos, el *Delfín* se había puesto fuera del alcance de los cañones de la corbeta.

Esto vale más que todos los *patentlogs* del mundo, Mr. Mathew —dijo Jacobo—. Gracias a esas balas sabemos ya a qué atenernos respecto a la marcha del buque. Ahora, haced que moderen el fuego. No quememos carbón inútilmente.

—¡Mandáis un buen buque! —dijo miss Halliburtt al capitán.

—Sí, miss Jenny; traga 17 nudos, mi valiente *Delfín*; antes de acabar el día habremos perdido de vista la corbeta federal.

Jacobo no exageraba las cualidades marineras de su barco;

aún no se había puesto el sol y los topes del buque americano habían desaparecido bajo el horizonte.

Este incidente permitió al capitán apreciar bajo un nuevo aspecto el carácter de miss Halliburtt. El hielo de la indiferencia estaba ya roto. Durante el resto de la travesía las conversaciones del capitán y su pasajera fueron muy frecuentes. Jacobo halló en Jenny una joven serena, fuerte, reflexiva, inteligente, que hablaba con la mayor franqueza, a la americana, que tenía ideas fijas sobre todo y las emitía con profunda conciencia, que penetraba en el corazón de Jacobo, sin saberlo él. Apreciaba su país y la gran idea de la Unión, y se expresaba, acerca de la guerra de los Estados Unidos, con un entusiasmo de que no hubiera sido capaz otra mujer. En más de una ocasión, Jacobo se vio cortado, sin saber qué contestar a sus argumento. Muy frecuentemente, las opiniones del *comerciante* entraban en juego y Jenny las atacaba rigurosamente no queriendo ceder nunca. En un principio, Jacobo discutió mucho, tratando de sostener a los confederados contra los federales, de probar que el derecho estaba de parte de los secesionistas, y afirmar que, gentes que se habían reunido voluntariamente, podrían separarse del mismo modo. Pero la joven no quiso ceder en este punto, y demostró que, en la lucha americana, la cuestión capital era la esclavitud, y que la guerra que hacía el Norte al Sur era más una guerra de moral y humanidad que una guerra política. Jacobo fue derrotado, sin que pudiera defenderse. En sus discusiones escuchaba, sobre todo. No podemos decir si le impresionaban tanto los argumentos de su antagonista como el encanto que sentía al oírla; pero al menos, hubo de reconocer que el caballo de batalla de la guerra de los Estados Unidos era la esclavitud, y que era preciso resolver de una vez la cuestión, acabando con los últimos horrores de los tiempos bárbaros.

Por lo demás, las opiniones políticas del capitán, como ya hemos indicado, no estaban muy arraigadas. Aunque hubiera te-

nido más fe en ellas las hubiera sacrificado a argumentos presentados bajo aquellas formas y en tales condiciones. Pero el *comerciante* llegó a verse atacado directamente en sus más caros intereses, un día que se tocó la cuestión del tráfico a que se dedicaba el *Delfín*, a propósito de las municiones que llevaba a los confederados.

—Sí, Mr. Jacobo —le dijo miss Halliburtt—; el agradecimiento no debe impedir que os hable con absoluta franqueza. Al contrario. Sois un valeroso marino; un hábil comerciante; la casa Playfair se cita por su honradez; pero, en este momento, hace un negocio indigno de ella.

—¡Cómo! —exclamó Jacobo—. ¿No tiene la casa Playfair el derecho de tentar semejante operación de comercio?

—¡No! Lleva municiones de guerra a desgraciados que luchan contra el gobierno regular de su país; fuertes armas a una mala causa.

—A fe mía, miss Jenny —repuso el capitán—, no discutiré con vos el derecho de los confederados. Sólo os diré; soy comerciante; los intereses de mi casa ante todo. Busco la ganancia donde se presenta.

—Eso es precisamente lo censurable, Mr. Jacobo —replicó la joven—. La ganancia no excusa. Cuando vendéis a los chinos el opio que les embrutece, sois tan culpables como ahora, proporcionando al Sur medios de prolongar una lucha criminal.

—¡Oh! esta vez, miss Jenny, no puedo daros la razón. Sois demasiado injusta.

—No. Lo que digo es justo, y cuando consultéis con vuestra propia conciencia, cuando reflexionéis en el papel que estáis desempeñando y en los resultados de que sois responsable, me daréis la razón sobre este punto, como sobre otros muchos me la habéis dado.

Jacobo quedaba aturdido, y se separaba de Jenny; atacado de verdadera cólera, pues le humillaba su propia impotencia,

continuaba enfadado por espacio de media hora, como un niño, pero volvía luego al lado de aquella joven singular que le abrumaba con sus argumentos acompañados de tan amable sonrisa.

En una palabra, el capitán ya no se pertenecía.

Ya no era *amo después de Dios*, a bordo de su buque.

Así, con gran alegría de Crockston, los negocios de Mr. Halliburtt iban por buen camino. El capitán parecía decidido a arrostrarlo todo para libertar al padre de miss Jenny, aunque debiera, para conseguir este resultado, comprometer al *Delfín*, su tripulación y su cargamento y merecer las maldiciones de su digno tío Vicente.

## VI

### EL CANAL DE LA ISLA SULLIVAN

**D**OS DÍAS DESPUÉS DEL ENCUENTRO CON LA *IROQUESA* sufrió el *Delfín*, a la altura de las Bermudas, una violenta borrasca. Terribles huracanes frecuentan aquellas aguas, célebres por los siniestros. En ellas colocó Shakespeare las conmovedoras escenas de su drama *La Tempestad*, en el cual Ariel y Calibán se disputan el imperio de los mares.

El golpe de viento fue espantoso. Jacobo pensó un momento en recalar en Mainland una de las Bermudas, donde tienen los ingleses un puerto militar, lo cual hubiera sido un lamentable contratiempo. Afortunadamente, el *Delfín* se condujo de, una manera admirable durante la borrasca, y después de huir un día entero ante el huracán, pudo proseguir su viaje hacia la costa americana

Pero si Jacobo había quedado satisfecho de su buque, no le había admirado menos el valor sereno de la joven. Miss Halliburtt pasó a su lado, sobrecubierta, las peores horas de la tempestad. Jamás, interrogándose bien, comprendió que un amor profundo, irresistible, imperioso, se apoderaba de todo su ser.

«Sí —se dijo—, esta valiente niña es el ama a bordo de mi

barco. ¡Me trae y me lleva como el mar a un buque desgobernado! ¡Me voy a pique! ¿Qué dirá el tío? ¡Ah, pobre naturaleza! ¡Estoy seguro de que si Jenny me pidiera que echara al mar todo este maldito contrabando, lo haría sin vacilar, sólo por ella!»

Afortunadamente para la casa Playfair y compañía, no exigió miss Halliburtt tamaño sacrificio. Sin embargo, el pobre capitán estaba bien cogido, y Crockston, que leía en su corazón como en un libro abierto, se frotaba las manos hasta despellejárselas.

—« ¡Es nuestro! ¡es nuestro! —se repetía—, y antes de ocho días, mi amo estará instalado tranquilamente a bordo, en el mejor camarote del *Delfín*».

En cuanto a Jenny ¿se apercibió del sentimiento que inspiraba? ¿Se dejó llevar por él hasta experimentarlo? Nadie podía decirlo, y Jacobo menos que nadie. La joven se mantenía en completa reserva, sin dejar de sufrir la influencia de su educación americana, y su secreto permaneció sepultado en su corazón.

Mientras el amor progresaba en el corazón de su capitán, el *Delfín* desfilaba con no menor rapidez hacia Charleston.

El 13 de enero, el vigía señaló tierra a diez millas al Oeste. Era una costa baja y casi confundida, a lo lejos, con la línea de las olas. Crockston examinaba con atención el horizonte y a las nueve de la mañana, señalando un punto en el cielo, exclamó:

—¡El faro de Charleston!

Si el *Delfín* hubiera llegado de noche, aquel faro, situado en la isla de Morris y elevado 140 pies sobre el nivel del mar hubiera sido visto muchas horas antes porque los destellos de su luz giratoria son visibles a 14 millas de distancia.

Determinada la posición del *Delfín*, Jacobo sólo tuvo una cosa que decidir: por qué paso penetraría en la bahía de Charleston.

—Si no encontramos ningún obstáculo —dijo—, antes de tres horas estaremos seguros en los *docks* del puerto.

La ciudad de Charleston está situada en el fondo de un estuario de 7 millas de largo y 2 de ancho, llamado Charleston Harbour, cuya entrada es bastante difícil, pues la estrechan la isla Morris al Sur y la Sullivan al Norte. En la época en que el *Delfín* intentaba forzar el bloqueo, la isla de Morris pertenecía ya al ejército federal; y el general Gillmore hacía establecer en ella baterías que dominaban la rada. La isla de Sullivan, al contrario, era de los confederados, que ocupaban el fuerte Moultrie, situado en su extremidad. El *Delfín* se veía, pues, obligado a rasar las orillas del Norte, para evitar el fuego de la isla de Morris.

Cinco pasos permitían la entrada en el estuario: el canal de la isla Sullivan, el del Norte el de Overall, el principal y el de Lewford; pero este último es impracticable para los extranjeros, a no ser que tengan a bordo excelentes prácticos y que sus buques calen menos de siete pies de agua. El canal del Norte y el de Overall estaban enfilados por la artillería federal. Si Jacobo hubiera podido escoger, hubiera entrado por el principal, pero era preciso atenerse a las circunstancias. El capitán del *Delfín* conocía todos los secretos de la bahía, sus peligros, corrientes y profundidad en la bajamar; era, pues, capaz de gobernar su barco en la seguridad más perfecta así que hubiera embocado uno de los canales. La gran cuestión era entrar en ellos.

La maniobra exigía gran experiencia de mar y exacto conocimiento de las cualidades del buque.

En efecto, dos fragatas federales cruzaban a la sazón las aguas de Charleston. Mr. Mathew las señaló pronto a Jacobo.

—Se preparan a preguntarnos qué se nos ofrece por estas aguas.

—Con no contestarles saldremos del paso, y se quedarán con su curiosidad.

Pero los cruceros se dirigían a todo vapor sobre el *Delfín*, que continuó su camino cuidando de mantenerse fuera del alcance de sus cañones. Para ganar tiempo, Jacobo puso la proa al

S.O., tratando de engañar a los buques enemigos. Estos debieron creer que, efectivamente, el *Delfín* trataba de lanzarse a los pasos de la isla de Morris; como en ellos había cañones que con una sola bala podían echar a pique el barco inglés, le dejaron correr hacia el S.O. sin cazarlo de cerca, limitándose a observarlo.

Por espacio de una hora, la posición de los barcos no varió. Jacobo, para engañar a los cruceros respecto a la marcha del *Delfín*, había hecho moderar el fuego de los tiradores y marchaba a media máquina. Sin embargo, los densos torbellinos de humo que brotaban de sus chimeneas, hacían suponer que trataban de obtener un máximo de presión y, por tanto, de velocidad.

—¡Buen chasco se van a llevar cuando nos escurramos de entre sus dedos!

En efecto, así que el capitán se vio bastante cerca de la isla de Morris, delante de una línea de cañones cuyo alcance le era desconocido, viró bruscamente y volvió al Norte, dejando los cruceros a dos millas a sotavento. Estos, conociendo los proyectos del *Delfín*, empezaron resueltamente a darle caza. Pero ya era tarde. El *Delfín*, forzando su velocidad, bajo la acción de sus hélices a toda máquina, los burló muy pronto, acercándose a la costa. Algunas balas de cañón le fueron dirigidas por hacer algo, pero los proyectiles federales quedaron a mitad del camino. A las once de la mañana el *Delfín*, costeano de cerca la isla Sullivan, gracias a su poco calado, entraba, a todo vapor, por el estrecho paso, donde se hallaba en seguridad, porque ningún crucero federal se hubiera atrevido a seguirle por aquel estrecho canal que no tiene más de 11 pies de agua, en la bajamar.

—¡Cómo! —dijo Crockston— ¿ No hay que hacer nada más difícil que esto?

—¡Oh! ¡oh! maese Crockston —respondió Jacobo Playfair—. No es difícil entrar, sino salir.

—¡Bah! —respondió el americano—. Eso me tiene sin cuidado.

Con un barco como el *Delfín* y un capitán como Mr. Jacobo Playfair, se sale como se entra, cuando se quiere.

Jacobo Playfair, anteojo en mano, examinaba el camino que debía recorrer. Tenía a la vista excelentes cartas costeras que le permitían adelantar sin vacilación.

Ya en medio del canal que corre a lo largo de la isla Sullivan, Jacobo viró hacia el fuerte Maultrie, O. cuarto al N. hasta que el castillo de Pickney, fácil de reconocer por su color oscuro, y situado en el islote de Shutets Felly, se mostró al NNE. Al otro lado tenía la casa del fuerte Johnson elevada a la izquierda, abierta 2° al norte del fuerte Sumter.

En aquel momento le saludaron algunos proyectiles de la isla Morris, que no le alcanzaron. Prosiguió su marcha sin desviarse, pasó por delante de Moultrieville, situado al extremo de la isla Sullivan, y desembocó en la bahía.

Pronto dejó a su izquierda el fuerte Sumter, que lo cubrió de las baterías federales.

Este fuerte, célebre en la guerra de los Estados Unidos, dista 5 kilómetros de Charleston y una milla de cada lado de la bahía. Es un pentágono irregular, construido sobre una isla artificial de granito del Massachussetts, cuya construcción duró diez años y costó 5 millones de francos.

De este fuerte fueron desalojados, el 13 de abril de 1861, Anderson y las tropas federales; contra él dispararon el primer tiro los separatistas. No puede calcularse la masa de plomo y hierro que vomitaron sobre él los cañones federales. Pero resistió cerca de tres años. Algunos meses después del paso del *Delfín*, cayó bajo las balas de 300 libras de los cañones rayados de Parrot, que el general Guillmore hizo establecer en la isla Morris.

Pero, al pasar el *Delfín*, estaba en todo su vigor, y el pabellón confederado ondeaba sobre aquel enorme pentágono de piedra.

Pasado el fuerte, apareció la ciudad de Charleston, recortada entre los ríos Ashley y Cooper, formando una punta hacia la rada.

Jacobo Playfair desfiló por entre las boyas que marcan el canal, dejando al SSE. el faro de Charleston, visible por encima de los terraplenes de la isla de Morris. Había enarbolado el pabellón de Inglaterra, y navegaba por los pasos con rapidez maravillosa.

Así que hubo dejado a estribor la boya de la cuarentena, avanzó libremente por la bahía. Miss Halliburtt estaba en pie en la toldilla, mirando la ciudad en que su padre estaba cautivo; sus ojos se llenaban de lágrimas.

Por fin, la marcha del buque se moderó por orden del capitán; el *Delfín* rozó la punta de las baterías del Sur y del Este, y pronto estuvo amarrado al muelle.

## VII

### UN GENERAL SUDISTA

**U**NA MULTITUD INMENSA ACOGIO AL *DELFIN*, en los muelles de Charleston, con entusiasmo indecible. Los habitantes, bloqueados por mar, no estaban acostumbrados a recibir visitas de buques europeos, y se preguntaban qué iba a hacer en sus aguas aquel magnífico barco que ostentaba con orgullo el pabellón de Inglaterra. Pero cuando se supo con qué objeto había franqueado los pasos de Sullivan, cuando se supo que su cargamento era contrabando de guerra, las aclamaciones redoblaron.

Jacobo Playfair, sin perder un momento, se puso en relación con el general Beauregard, comandante militar de la ciudad. Este recibió muy bien al joven capitán del *Delfín*, que iba a suministrar a sus soldados el vestuario y las municiones que tanto necesitaban. Se convino en que la descarga se haría en el acto, y numerosos brazos acudieron en ayuda de los marineros ingleses.

Antes de saltar a tierra, Jacobo recibió de miss Halliburtt las más apremiantes recomendaciones relativas a su padre. El capitán se había consagrado por completo al servicio de la joven.

—Miss —le dijo—, podéis contar conmigo; haré hasta lo impo-

sible por salvar a vuestro padre, pero confío en que el asunto será fácil de arreglar. Hoy mismo iré a ver al general Beauregard y, sin pedirle bruscamente la libertad de Mr. Halliburtt, sabré por él en qué situación se encuentra, si está libre bajo su palabra o si está prisionero.

—¡Pobre padre! —respondió suspirando Jenny—; no sabe que su hija está tan cerca de él. ¡Que no me sea dado arrojarme en sus brazos!

—Un poco de paciencia, miss Jenny. Pronto lo abrazaréis. Contad con que haré cuanto pueda, pero procediendo como hombre prudente y reflexivo.

Fiel a esta promesa, Jacobo, después de haber tratado como negociante los asuntos de su casa, entregado el cargamento del *Delfín* al general y tratado de la compra a vil precio de una inmensa cantidad de algodón, hizo recaer la conversación en los asuntos del día.

—Según eso —dijo al general Beauregard—, ¿creéis en el triunfo de los esclavistas?

—No dudo ni por un momento de nuestra victoria, respecto a Charleston el ejército de Lee hará cesar muy pronto el cerco. Además, ¿qué se puede esperar de los abolicionistas? Supongamos, y es mucho suponer, que caigan en su poder las ciudades comerciales de Virginia, de las dos Carolinas, de Georgia, de Alabama, del Mississippi, ¿qué sucederá después? ¿Serán dueños de un país que jamás podrán ocupar? No por cierto. Por mi parte, creo que su victoria les pondrá en grave apuro.

—¿Estáis seguro de vuestros soldados? —preguntó el capitán—. ¿No teméis que Charleston se cansé de un sitio que es su ruina?

—¡N o! no temo la traición. Además, los traidores serían sacrificados sin piedad; yo mismo pasaría la ciudad a sangre y fuego si sorprendiera en ella el menor movimiento unionista. Jefferson Davis me ha confiado Charleston, y Charleston está en manos seguras.

—¿Tenéis prisioneros nordistas? —dijo Jacobo llegando a lo más interesante para él.

—Sí, capitán. En Charleston empezó el fuego de la escisión. Los abolicionistas que se hallaban aquí quisieron resistir, pero, después de haber sido batidos, quedaron prisioneros de guerra.

—¿Tenéis muchos?

—Unos cientos.

—¿Y todos andan libres por la ciudad?

—Lo estuvieron hasta el día en que descubrí una conjuración formada por ellos. Su jefe había llegado a establecer comunicaciones con los sitiadores, que estaban instruidos de la situación de la ciudad. Hice, pues, encerrar a esos huéspedes peligrosos, muchos de los cuales sólo saldrán de la cárcel para subir a la ciudadela, donde diez balas confederadas darán al traste con su federalismo.

—Cómo! ¿fusilados? —exclamó el joven capitán, sobresaltándose a pesar suyo.

—Sí, y su jefe antes que todos. Es un hombre muy resuelto, y peligroso en una ciudad sitiada. He enviado su correspondencia a Richmond, y antes de ocho días su suerte se habrá fijado irrevocablemente.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Jacobo con la más perfecta indiferencia.

—Un periodista de Boston, un abolicionista rabioso, el alma condenada de Lincoln.

—¿Cómo se llama?

—Jonathan Halliburtt.

—¡Pobre hombre! —dijo Jacobo tratando de ocultar su emoción—. Haya hecho lo que haya querido, me da lástima, ¿y creéis que será fusilado?

—Estoy seguro. ¿Qué queréis? La guerra es la guerra. Cada cual se defiende como puede.

—En fin, no tengo nada que ver en ese asunto; cuando esa ejecución se lleve a cabo, ya estare muy lejos.

—¡Cómo! ¿Pensáis ya en marchar?

—Sí, general; soy comerciante, en primer lugar. Terminado el cargamento de algodón, saldré al mar. He entrado en Charleston, pero necesito salir. Esa es la cuestión. El *Delfín* es un buen barco capaz de desafiar a la carrera a todos los buques federales, pero, por mucho que corra, más corre una bala de a ciento, y uno de estos proyectiles en su casco o en su máquina, haría fracasar toda mi combinación comercial.

—Como gustéis, capitán —respondió Beauregard—. Nada puedo aconsejaros. Cumplís con vuestro deber, y hacéis bien. Yo haría lo mismo en vuestro lugar. Además, la estancia en Charleston es poco agradable, una bahía en la que llueven bombas no es buen abrigo para un buque. Partiréis cuando queráis. Pero, decidme: ¿cuántos cruceros federales hay delante de Charleston y cuál es su fuerza ofensiva?

Jacobo contestó lo mejor que supo y se despidió del general con la mayor cortesía. Después volvió al *Delfín*, muy preocupado y triste.

«¿Qué diré a miss Jenny —pensaba—. No puedo decirle la verdad. Mejor es que la ignore. ¡Pobre hija!»

Aún no había dado 50 pasos fuera de la casa del gobernador, cuando tropezó con Crockston. El digno americano le acechaba desde su salida.

—¿Qué hay, capitán?

Jacobo miró con fijeza a Crockston, y éste comprendió que las noticias no eran buenas.

—¿Habéis visto a Beauregard? —preguntó.

—Sí —respondió Jacobo.

—¿Le habéis hablado de Mr. Halliburtt?

—No. Me ha hablado él.

—¿Y qué?

—Que... no se puede decir todo, Crockston.

—Todo, capitán.

—Pues bien, ¡el general Beauregard me ha dicho que tu amo será fusilado antes de ocho días!

En lugar de desesperarse, como hubiera hecho otro cualquiera, el americano sonrió a medias y exclamó:

—¡Bah! ¿Qué importa?

—¿Cómo qué importa! ¿No te he dicho que va a ser fusilado?

—Sí, pero si antes de seis días está a bordo del *Delfín*, y si, antes de siete, el *Delfín* está en alta mar...

—¡Bien! —dijo el capitán estrechando la mano de Crockston—. Te comprendo, valiente. Eres hombre de resolución, y yo, pese al tío Vicente y al cargamento del *Delfín*, me dejo hacer pedazos por miss Jenny.

—Nada de hacerse pedazos, porque con eso sólo los peces salen ganando. Lo esencial es salvar a Mr. Halliburtt.

—Será muy difícil, como comprendes.

—Así, así.

—Está severamente guardado.

—Claro.

—La evasión ha de ser casi milagrosa.

—¡Bah! Un prisionero está más poseído de la idea de salvarse que sus guardianes de la de conservarle preso. Luego un prisionero debe siempre conseguir libertarse. Todas las probabilidades están en su favor. Mr. Halliburtt, gracias a nuestras maniobras, se salvará.

—Tienes razón.

—Siempre.

—Pero ¿qué hemos de hacer? Se necesita un plan; es preciso tomar precauciones.

—Pensaré.

—Pero miss Jenny, así que sepa que de un momento a otro puede llegar la sentencia de muerte de su padre...

–Todo está reducido a hacer que no lo sepa.

–Sí, vale más que lo ignore. Vale más para ella y para nosotros.

–¿Dónde está encerrado Mr. Halliburtt? –preguntó Crockston.

–En la ciudadela –respondió Jacobo.

–Perfectamente. Ahora vamos a bordo.

–Vamos a bordo, Crockston.

## VII LA EVASIÓN

JENNY, SENTADA EN LA TOLDILLA DEL *DELFIN*, esperaba impaciente y ansiosa el regreso del capitán. Así que éste regresó, sus labios no pudieron articular ni una palabra, pero sus ojos interrogaban a Jacobo con la mayor elocuencia.

Jacobo y Crockston sólo hicieron saber a la joven los hechos relativos a la prisión de su padre. El capitán dijo que habiendo sondeado a Beauregard acerca de los prisioneros y no habiéndole hallado muy favorable a ellos, se habla mantenido en prudente reserva para proceder según las circunstancias.

–No estando Mr. Halliburtt libre por la ciudad, será más difícil su fuga, pero os juro, miss Jenny, que el *Delfin* no dejará la rada de Charleston sin tener a vuestro padre a su bordo.

–Gracias, Mr. Jacobo –dijo Jenny. Os doy gracias con toda mi alma.

Al oír estas palabras, Jacobo sintió que su corazón saltaba en su pecho. Se acercó a Jenny con la mirada húmeda y la palabra turbada. Tal vez iba a hablar, a confesar sus sentimientos, pero Crockston intervino.

–No es este el momento de enternecerse –dijo–. Hablemos, y hablemos en razón.

—¿Tienes algún plan, Crockston? —preguntó la joven.

—Siempre tengo plan —respondió Crockston—. Esa es mi especialidad.

—Pero ¿es bueno? —dijo Jacobo.

—Bueno. Vos, capitán, vais a acercaros al general Beauregard y a pedirle un servicio que no os negará.

—¿Cuál?

—Le diréis que tenéis a bordo un pícaro, un perdido, que durante la travesía ha excitado a la tripulación a la rebeldía; le diréis que, durante vuestra permanencia en Charleston, lo tenga encerrado en la ciudadela; pero con la condición de devolverlo al partir, para que podáis entregarlo a la justicia de su país.

—Haré todo eso —dijo Jacobo medio sonriendo—; y el general accederá gustoso a mi petición.

—Estoy seguro de ello —repuso Crockston.

—Pero me falta una cosa.

—¿Qué?

—El pícaro.

—Le tenéis delante de vos.

—¡Cómo! Ese pillastre...

—Soy yo.

—¡Oh, corazón valiente y noble! —exclamó Jenny, apretando con sus pequeñas manos las rugosas del americano.

—¡Crockston! ¡Amigo mío! —dijo Playfair—; te comprendo; y sólo siento no poder ocupar tu puesto.

—Cada uno a su papel —replicó Crockston—. En mi puesto os veríais mucho más apurado que yo. Bastante tendréis que hacer luego para salir de la rada.bajo el cañón de los federales y el de los confederados; cosa que yo haría bastante mal.

—Continúa.

—Conozco la ciudadela; una vez en ella, veré cómo me las compongo, pero me las compondré bien. Entre tanto, cargaréis vuestro barco.

—¡Oh! los negocios —dijo el capitán— me importan ya muy poco.

—Nada de eso. Y el tío Vicente ¿qué diría? Hagamos marchar a la par los sentimientos y las operaciones mercantiles. Así evitaremos sospechas. ¿Podéis estar preparado dentro de seis días?

—Pues haced que el *Delfín* esté dispuesto a salir el día 22.

—Lo estará.

—El día 22, fijaos bien, enviad una embarcación con vuestros mejores hombres a White Point, al extremo de la ciudad. Esperad hasta las nueve y veréis aparecer a Mr. Halliburtt con vuestro servidor.

—Pero ¿cómo podréis huir los dos?

—Eso es cuenta mía.

—Querido Crockston —dijo Jenny—, ¡vas a arriesgar tu vida por mi padre!

—No temáis por mí, miss Jenny, no arriesgo nada.

—¿Cuándo es preciso hacer que te encierren? —preguntó Jacobo.

—Hoy mismo. Estoy desmoralizando a vuestra tripulación. Cuanto antes, mejor.

—¿Quieres oro?, puede serte útil.

—¿Para comprar un carcelero? Nada de eso. El carcelero se queda con el dinero y con el preso. Tengo medios más seguros. Es preciso poder beber en caso de necesidad.

—Y emborrachar al carcelero.

—No; un carcelero borracho lo echa todo a perder. Tengo mi idea; dejadme.

—Toma diez dólares.

—Es demasiado; pero os daré la vuelta.

—¿Estás dispuesto?

—Completamente dispuesto a ser un pillo redomado.

—Vamos, pues.

—Crockston —dijo la joven con voz conmovida—, ¡eres el hombre más honrado que hay bajo la capa del cielo!

—No me extrañaría —repuso el americano soltando la carcajada—. A propósito, capitán. Una recomendación importante.

—Veamos.

—Si el general os propone ahorcar a vuestro tunante, ya, sabéis, los militares, todo lo arreglan así...

—¿Qué?

—Le diréis que necesitáis reflexionar.

—Te lo prometo.

Aquel mismo día, con gran asombro de la tripulación, que no estaba en el secreto, Crockston, con esposas en las manos y cadenas en los pies, fue desembarcado entre diez marineros, y media hora después, a petición del capitán Jacobo Playfair, el bribón atravesaba las calles de la ciudad, y a pesar de su resistencia, era encerrado en la ciudadela.

Durante aquel día y los siguientes se descargó con rapidez el *Delfín*. Las grúas de vapor elevaban sin descanso el cargamento europeo para hacer sitio al indígena. La población de Charleston asistía a aquella interesante operación, ayudando y felicitando a los marineros. Los sudistas les daban grandes muestras de afecto, pero Jacobo Playfair no les dejó tiempo de aceptar los mismos de los americanos; no les dejaba a sol ni a sombra, exigiéndoles una actividad cuya causa no sospechaban los marineros del *Delfín*.

Tres días después, el 18 de enero, empezaron a amontonarse en la sentina las primeras balas de algodón. Aunque Jacobo ya no se ocupaba de ella, la casa de Playfair y Compañía efectuaba una excelente operación, pues había comprado, a ínfimo precio, todo el algodón que obstruía los almacenes de Charleston.

No se había recibido ninguna noticia de Crockston. Jenny, aunque no decía nada, sufría crueles angustias. Su rostro, alterado por el temor, hablaba por ella, y Jacobo procuraba tranquilizarla.

—Tengo plena confianza en Crockston —le decía—. Es un fiel servidor. Vos, que le conocéis mejor que yo, debéis estar tranquila. Dentro de tres días, vuestro padre os estrechará contra su corazón.

— ¡Ah, Mr. Jacobo! —exclamó la jover. ¿Cómo podremos mi padre y yo pagar vuestra abnegación?

—Os lo diré cuando estemos en las aguas inglesas —respondió el capitán.

Jenny le miró, bajó sus ojos, que se llenaron de lágrimas, y regresó a su camarote.

Jacobo esperaba que, hasta el momento en que el padre se hallara fuera de peligro, la joven ignoraría su terrible situación; pero, en este último día, la indiscreción de un marinero descubrió la verdad. La respuesta del gabinete de Richmond había llegado la víspera, por una estafeta que había podido forzar la línea del bloqueo. Contenía la sentencia de muerte de Jonathan Halliburtt, que debía ser pasado por las armas al día siguiente, por la mañana. La noticia había cundido por la ciudad, habiéndole llevado a bordo uno de los marineros del *Delfín*. La joven lanzó un grito desgarrador y cayó sin conocimiento sobre cubierta. Jacobo la transportó a su camarote; fueron necesarios los cuidados más asiduos para volverla a la vida.

Cuando abrió los ojos, vio al capitán que, con un dedo sobre los labios, le recomendaba silencio. La joven se vio obligada a callar, conteniendo los arrebatos de su dolor, y el capitán, inclinándose hacia su oído, le dijo:

—Jenny: antes de dos horas, vuestro padre estará a salvo, a vuestro lado, o yo habré muerto tratando de salvarle.

Después, salió de la toldilla, diciendo para sí:

«Ahora es preciso apoderarse de él a toda costa, aun cuando deba pagar su libertad con mi vida y la de mi tripulación».

Había llegado la hora de obrar. La estiba del *Delfín* estaba concluida desde la mañana; sus bodegas estaban llenas de car-

bón. Podía partir dentro de dos horas. Jacobo lo había hecho salir del *North Comercial wharf* y colocar en plena rada; podía, pues, aprovechar la pleamar, a las nueve de la noche.

Daban las siete cuando Jacobo se separaba de Jenny. El capitán hizo empezar los preparativos de marcha. Hasta entonces, el secreto había permanecido oculto entre él, Crockston y Jenny, pero en aquel momento, juzgó oportuno poner a míster Mathew al corriente de la situación. Así lo hizo, inmediatamente.

—Estoy a vuestras órdenes —respondió Mr. Mathew, sin hacer la menor observación—. ¿A las nueve?

—Sí. Haced encender los fuegos y que se activen.

—Así se hará, capitán.

—En lugar de levar el ancla, cortaremos la amarra y nos largaremos sin perder un segundo.

—Perfectamente.

—Haced colocar un farol en el tope del palo mayor. La noche está oscura y se levanta la bruma. No conviene que nos extraviemos al regresar a bordo. Debéis tomar también la precaución de hacer sonar la campana desde las nueve.

—Se cumplirán vuestras órdenes.

—Y ahora, Mr. Mathew —añadió Jacobo—, mandad poner la lancha y que la tripulen los seis marineros más robustos y mejores remeros. Parto a White Point: Os recomiendo a miss Jenny durante mi ausencia. Dios nos proteja a todos, Mr. Mathew.

—¡Dios nos proteja! —respondió el segundo.

Y en el acto, mandó encender los fogones y activar el fuego. En pocos minutos, el *Delfín* quedó preparado. Jacobo se despidió de Jenny y bajó a su lancha, desde la cual pudo ver los torrentes de negro humo que se perdían en la oscura niebla del cielo.

Las tinieblas eran profundas, había caído el viento; un silencio absoluto reinaba en la inmensa rada, cuyas aguas parecían dormidas. Temblaban en la bruma algunas luces apenas percep-

tibles. Jacobo se había puesto al timón y, con mano segura, dirigía su embarcación hacia White Point. El trayecto era de dos millas. Durante el día, Jacobo había tomado puntos de orientación, de modo que le fue fácil llegar en línea recta al cabo de Charleston.

Las ocho daban en San Felipe cuando la proa de la lancha tocó en White Point.

Faltaba aún una hora para el momento preciso fijado por Crockston. El muelle estaba absolutamente desierto. El centinela de la batería del Sur y del Este paseaba, a veinte pasos. Jacobo devoraba los minutos. El tiempo no corría como deseaba su impaciencia.

A las ocho y media, se oyó ruido de pasos. Dejó a sus hombres, con los remos preparados, y se lanzó hacia adelante. Al cabo de diez minutos se encontró con una ronda de guardacostas; eran veinte hombres. Jacobo sacó un revólver de su cinturón, decidido a usarlo en caso de necesidad. Pero ¿qué podía, hacer contra aquellos soldados, que descendieron hasta el muelle?

Allí, el jefe de la ronda se acercó a él y viendo a lancha, preguntó a Jacobo:

—¿Qué embarcación es esa?

—La lancha del *Delfín* —respondió el joven.

—¿Y vos sois...?

—El capitán Jacobo Playfair.

—Os creía en los pasos de Charleston.

—Voy a zarpar, debía estar ya en, camino, pero...

—¿Pero?... —preguntó con insistencia el jefe de los guardacostas.

Una idea repentina cruzó la mente del capitán, que respondió:

—Uno de mis marineros está encerrado en la ciudadela y, a fe mía, lo tenía olvidado. Afortunadamente, me he acordado cuan-

do aún era tiempo y he enviado algunos de mis marineros a buscarle.

—¡Ah! ¿Aquel tuno que queréis llevar a Inglaterra?

—Sí.

—¡Aquí también le hubieran ahorcado bien! —dijo el guarda-costas riendo.

—Lo creo —dijo Jacobo—, pero vale más hacer las cosas por sus pasos contados.

—Vaya, buen viaje, capitán, y desconfiad de las baterías de la isla de Morris.

—No tengáis cuidado. Creo poder salir como he entrado.

—Buen viaje.

—Gracias.

Y la ronda se alejó, quedando silenciosa la playa.

En aquel momento, dieron las nueve.

Era el momento señalado. Jacobo oía los llatidos de su corazón... Resonó un silbido... Jacobo respondió con otro, y después prestó atento oído, recomendando con la mano el más absoluto silencio a sus marineros. Apareció un hombre, envuelto en un ancha manta, mirando a uno y otro lado. Jacobo corrió hacia él —¿Mr. Halliburtt?

Yo soy —respondió el hombre de la manta.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Jacobo Playfair—. Embarcaos sin perder un instante. ¿Y Crockston?

—¿Crockston? —dijo Mr. Halliburtt con acento admirado—. ¿Qué queréis decir?

—Quien os ha salvado, quien os ha conducido hasta aquí, es vuestro servidor Crockston.

—El hombre que me acompañaba es el carcelero de la ciudadela.

—¡El carcelero! —exclamó Jacobo.

No entendía nada y le asaltaban mil temores.

—¡Ah, sí, el carcelero! —exclamó una voz muy conocida—. ¡El carcelero duerme como una marmota en mi calabozo!

—¡Crockston! ¡Eres tú! ¡tú! —gritó Mr. Halliburtt.

—Nada de conversación, mi amo. Todo os lo explicaremos.

Os va la vida. ¡Abordo, a bordo!

Los tres hombres entraron en la lancha.

—¡Boga! —gritó el capitán.

Los seis remos entraron en sus toletes.

—¡Adelante! —mandó Jacobo Playfair.

Y la lancha se deslizó como un pez sobre las oscuras olas de Charleston Harbour.

## IX

## ENTRE DOS FUEGOS

**L**A LANCHA, IMPELIDA POR SEIS ROBUSTOS REMEROS, volaba. La niebla se iba condensando y Jacobo conseguía, no sin trabajo, mantenerse en la línea de sus señales. Crockston estaba hacia la proa y Mr. Halliburtt hacia la popa, junto al capitán. El prisionero, asombrado de la presencia de su criado, había querido hablarle; pero éste le había rogado por señas que guardara silencio.

Pero, así que la lancha estuvo en plena rada, Crockston se decidió a hablar, pues comprendía la ansiedad de su amo.

—Sí, querido amo —dijo—, el carcelero ocupa mi lugar en el calabozo, gracias a dos puñetazos que le he propinado, uno en la nuca y otro en el estómago, a manera de narcótico, en el momento en que me entraba la cena. ¡Qué agradecido soy! Le he quitado la ropa y las llaves, os he ido a buscar y os he conducido fuera de la ciudadela, a las barbas de los soldados. ¡No era muy difícil!

—Pero ¿y mi hija? —preguntó mister Halliburtt.

—A bordo del buque que nos ha de llevar a Inglaterra.

—¡Mi hija está aquí! —gritó el americano, levantándose del banco.

—¡Silencio! —exclamó Crockston. Dentro de algunos minutos estaremos a salvo.

La embarcación corría velozmente pero algo a la ventura. En medio de la oscuridad, Jacobo no distinguía los faroles del *Delfín*. Vacilaba acerca de la dirección que debía seguir, y la oscuridad era tal que los marineros no veían las extremidades de sus remos.

—¿Qué sucede, Mr. Jacobo? dijo Crockston.

—Debemos haber andado más de milla y media —respondió el capitán—. ¿No ves nada, Crockston?

—Nada, y tengo buena vista. Pero ¡bah! ya llegaremos. No saben nada allá abajo.

Aún no había pronunciado estas palabras cuando un cohete rasgó las tinieblas hasta una altura prodigiosa.

—¡Una señal! —exclamó Jacobo Playfair.

—¡Diablo! —dijo Crockston—. Debe venir de la ciudadela. Esperemos.

Otro cohete, y después otro, siguieron al primero. Casi en el acto, la misma señal se repitió a una milla de distancia de la embarcación, hacia adelante

—Este viene del fuerte Sumter —exclamó Crockston—, y es la señal de la evasión. ¡Fuerza! ¡De remo! ¡Todo está descubierto! .

—¡Bogad firme, amigos míos! —gritó Jacobo, animando a sus marineros—. Esos cohetes han alumbrado mi camino. El *Delfín* no dista de nosotros cien yardas. Oigo la campana de a bordo. ¡Adelante! ¡Veinte libras para vosotros si llegamos en cinco minutos!

La barca parecía rozar sólo las olas. Todos los corazones palpitaban con violencia. Un cañonazo acababa de resonar en dirección a la ciudad, a veinte brazas de la embarcación. Crockston oyó pasar un cuerpo rápido que podía ser una bala de cañón.

La campana del *Delfín* se había lanzado a vuelo. La lancha se acercaba.

Algunos golpes de remo hicieron que atracase. Algunos segundos después, Jenny caía en brazos de su padre.

La lancha se elevó en el acto, y Jacobo subió a la toldilla.

—Mr. Mathew, ¿hay presión?

—Sí, capitán.

—Cortad la amarra, y a toda máquina.

Algunos minutos después, las hélices llevaban al buque hacia el paso principal, separándole del fuerte Sumter.

—Mr. Mathew —dijo Jacobo—, no podemos pensar en tomar los pasos de Sullivan, pues caeríamos bajo el fuego de los confederados. Acerquémonos cuanto podamos a la derecha de la rada, aunque nos expongamos a recibir los proyectiles federales. ¿Tenéis un hombre seguro en el timón?

—Sí, capitán.

—Haced apagar todas las luces. Demasiado nos venden, demasiado, los reflejos de la máquina.

El *Delfín* marchaba con suma rapidez; pero al acercarse a la derecha de Charleston Harbour, había tenido que seguir un canal que le acercaba momentáneamente al fuerte Sumter, y no se hallaba a media milla de éste, cuando todas sus cañoneras se iluminaron a la vez, y un huracán de hierro pasó por delante del buque, resonando una espantosa detonación.

—¡Demasiado pronto, torpes! —gritó Jacobo, soltando la carcajada—. ¡Forzad, maquinista! ¡Es preciso pasar entre dos andanadas!

Los fogoneros activaron. Todo el *Delfín* gemía a los esfuerzos de su máquina, como si fuera a deshacerse.

Resonó una segunda detonación, silbando otra granizada de proyectiles detrás del barco.

—¡Demasiado tarde, imbéciles! —rugió el joven capitán.

Crockston, desde la toldilla, exclamó:

—Ya nos hemos librado bien de uno. Dentro de algunos minutos no habrá que temer a los confederados.

—¿Crees que no tenemos ya más que temer del fuerte Sumter? —preguntó Jacobo.

—Nada. Pero sí del fuerte Moultrie, al extremo de la punta Sullivan, aunque sólo nos molestará por espacio de medio minuto. Que apunte bien, si quiere tocarnos. Ya estamos.

—¡Bien! La posición del fuerte Moultrie nos permite entrar de lleno en el canal principal ¡Fuego, pues, fuego!

En el mismo instante, como si Jacobo hubiera mandado el fuego de las baterías por sí mismo, una triple línea de relámpagos iluminó el fuerte. Oyóse un espantoso estrépito, y se produjeron chasquidos a bordo del buque.

—¡Nos han tocado! —exclamó Crockston.

—¡Mr. Mathew! —gritó el capitán a su segundo, que estaba en la proa—. ¿Qué hay?

—El bauprés en el agua.

—¿Hay heridos?

—No.

—¡Pues al diablo la arboladura! Derechos al paso, ¡adelante!, gobernad hacia la isla.

—Se han fastidado los confederados! —gritó Crockston—. ¡Si hemos de recibir balas, que sean del Norte!

—¡Se digieren mejor!

Nuestros héroes no podían cantar victoria, pues aunque la isla de Morris no estaba aún armada con las temibles piezas que se establecieron en ella algunos meses más tarde, sus cañones y morteros bastaban y sobraban para echar a pique buques como el *Delfín*.

El fuego de los fuertes Sumter y Moultrie había puesto sobre aviso a los federales de la isla y a los buques del bloqueo. Los sitiadores, aunque no comprendían aquel ataque nocturno, que no parecía dirigido contra ellos, debían estar dispuestos a responder.

Sobre esto reflexionaba Jacobo al avanzar hacia los pasos de

Morris, y hacía bien en temer, porque al cabo de un cuarto de hora las tinieblas estaban surcadas por multitud de luces, cayendo una lluvia de granadas alrededor del buque, y haciendo saltar agua por encima de sus bordas; algunas llegaron a herir la cubierta del *Delfín*, pero por su base, lo cual le salvó de una pérdida segura. En efecto, aquellas granadas, como se supo después, debían romperse cada una en cien cascotes, subiendo a alturas de 120 pies, con petróleo imposible de apagar, y que ardía por espacio de veinte minutos.

Afortunadamente para el *Delfín*, aquellos proyectiles de nueva invención, eran muy defectuosos; lanzados al aire, un falso movimiento de rotación los mantenía inclinados, haciendo que al caer no golpearan con la punta donde se hallaba la espoleta de percusión.

La caída de aquellas granadas de poco peso no hizo gran daño al *Delfín*, que continuó avanzando por el paso.

En aquel momento, a pesar de las órdenes de Jacobo, Mr. Halliburtt y su hija fueron a unirse a él sobre la toldilla. Jenny declaró que no se separarla del capitán aunque éste se opusiera.

Mr. Halliburtt, que acababa de saber cuán noble había sido la conducta de Jacobo, le estrechó la mano sin poder articular una sola palabra.

—El *Delfín* avanzaba con gran ligereza hacia alta mar; le bastaba seguir el paso durante otras 3 millas para hallarse en el Atlántico; si el paso estaba libre en su entrada, se había salvado. Jacobo, conociendo maravillosamente todos los secretos de la bahía de Charleston, dirigía su buque entre las tinieblas con admirable seguridad. Podía esperar que su atrevida marcha le proporcionaría un feliz resultado, cuando el vigía gritó:

—¡Un buque!

—¿Un buque? —gritó Jacobo.

—¡Sí, por babor!

La niebla que se había elevado permitía distinguir una gran

fragata que maniobraba para cerrar el paso al *Delfín*. Era necesario a toda costa ganarle en velocidad, pidiendo a la máquina un exceso de fuerza impulsivo; si no, todo estaba perdido.

—¡La barra a estribor! ¡Toda! —gritó el capitán.

Y se lanzó al puente colocado sobre la máquina. Por orden suya, se detuvo el movimiento de una hélice y por el impulso de la otra, el *Delfín* viró con rapidez maravillosa. Así evitó correr hacia la fragata federal y avanzó, como ella, hacia la entrada del paso. La cuestión era de rapidez.

Jacobo comprendió que en ella estribaba su salvación, la de Jenny y su padre, la de toda la tripulación. La fragata llevaba considerable delantera.

Los torrentes de negro humo que brotaban de su chimenea, revelaban que forzaba sus fuegos, Jacobo no era hombre a propósito para darse por vencido en situaciones como ésta.

—¿Cómo estamos? —preguntó al maquinista.

—En el máximo de presión —contestó este. El vapor se escapa por todas las válvulas.

—¡Cargadlas! —mandó el capitán.

Sus órdenes se ejecutaron a riesgo de volar el buque.

El *Delfín* marchó aún más de prisa; los émbolos funcionaban con espantosa rapidez. Todas las planchas de asiento de la máquina temblaban. El espectáculo hacía estremecer los corazones mejor templados.

—¡Forzad! —gritaba Jacobo—. ¡Forzad siempre!

—Imposible —respondió el maquinista—. Las válvulas están herméticamente cerradas. ¡Los hornillos están llenos hasta la boca!

—¿Qué importa? ¡Atácadlos con algodón impregnado de espíritu de vino! ¡Es preciso, a toda costa, adelantar a la maldita fragata!

Los más intrépidos marineros se miraron, pero nadie vaciló. Se echaron a la cámara de la máquina algunas pacas de algodón,

y se desfondó en ella un barril de espíritu de vino. La nueva materia combustible se introdujo, no sin peligro, en los incandescentes hornillos. El rugido de las llamas no permitía que los fogoneros se oyesen. Pronto las planchas de los hornillos llegaron al rojo blanco; los émbolos iban y venían como los de una locomotora; los manómetros marcaban una tensión espantosa; el barco volaba; sus juntas crujían; por sus chimeneas brotaban llamas mezcladas con el humo. Su velocidad era vertiginosa, insensata; pero ganaba espacio sobre la fragata; la rebasaba, y al cabo de diez minutos, estaba fuera del canal.

—¡Nos hemos salvado! —gritó el capitán.

—¡Nos hemos salvado! —repitió la tripulación batiendo las palmas.

Ya el faro de Charleston empezaba a desaparecer hacia el Sudoeste, palideciendo su brillo, y parecía que ya el *Delfín* se hallaba fuera de peligro, cuando una bomba, disparada por una cañonera, zumbó en las tinieblas. Podía seguirse su rastro a causa de la espoleta, que dejaba tras sí una línea de fuego.

Aquél fue un momento de indescriptible ansiedad; todos callaban mirando con espantados ojos la parábola descrita por el proyectil; nada podía hacerse para evitarla; después de medio minuto, cayó con horrible estruendo sobre la proa del *Delfín*.

Los marineros, horrorizados, se refugiaron a la popa; nadie se atrevía a dar un paso, mientras la espoleta chisporroteaba.

Pero un hombre, valiente entre los valientes, corrió hacia aquel formidable artificio de destrucción. Era Crockston. Cogió la bomba en sus brazos vigorosos, y mientras millares de chispas se desprendían de la espoleta, la arrojó haciendo un sobrehumano esfuerzo por encima de la borda.

Apenas había llegado a la superficie del agua, estalló la bomba con espantosa detonación.

—¡Viva Crockston! ¡Viva! —exclamó a coro toda la tripulación, mientras Crockston se frotaba las manos .

Poco después, el *Delfín* surcaba las aguas del Atlántico; la costa americana desaparecía en las tinieblas y los fuegos lejanos que se cruzaban en el horizonte indicaban que el ataque era general entre las baterías de la isla Morris y los fuertes de Charleston Harbour.

## X SAN MUNGO

**A**L AMANECER DEL DÍA SIGUIENTE, había desaparecido la costa americana. No se veía un buque. El *Delfín*, moderando la velocidad terrible de su marcha, se dirigió más tranquilamente hacia las Bermudas.

Inútil es referir la travesía del Atlántico, en que no tuvo lugar incidente alguno. Diez días después se reconocían las costas de Irlanda.

¿Qué pasó entre Jacobo y Jenny, que no hayan adivinado los menos perspicaces? ¿Cómo podía Mr. Halliburtt pagar a su *libertador* valiente y generoso, sino haciéndole el más feliz de los hombres? El capitán no esperó la llegada a las aguas inglesas para declarar al padre y a la hija la pasión que rebosaba de su corazón, y si hemos de dar crédito a Crockston, Jenny recibió semejante confesión con una alegría que no trató de disimular.

Sucedió, pues, que el 14 de febrero del presente año, muchísima gente estaba reunida bajo las macizas bóvedas de San Mungo, la antigua catedral de Glasgow. Allí había un poco de todo: marinos, comerciantes, industriales, magistrados. El valiente Crockston servía de testigo a miss Jenny, vestida de no-

via; el buen hombre resplandecía en su traje de color verde manzana con botones de oro. El tío Vicente estaba orgulloso al lado de su sobrino.

En una palabra, se celebraba el desposorio de Jacobo Playfair, de la casa de Vicente Playfair y Compañía de Glasgow, con miss Jenny Halliburtt, de Boston. La ceremonia se efectuó con gran magnificencia. Todo el mundo conocía la historia del *Delfín*, y todo el mundo creía que el joven capitán recibía una justa recompensa. Sólo él se creía pagado con usura.

Por la noche hubo gran fiesta en casa del tío Vicente: gran baile, gran comida y gran distribución de chelines a la multitud reunida en Gordon Street. En aquel memorable festín, Crockston, sin salirse de los justos límites, hizo prodigios de voracidad.

Todos se alegraban de aquella boda: unos por ver labrada su felicidad propia; otros por ver la ajena, cosa que no siempre sucede en ceremonias de este género.

Así que se retiraron los convidados, Jacobo Playfair fue a abrazar a su tío, que le besó en los dos carrillos.

—¿Qué tal, tío Vicente? —dijo el sobrino.

—¿Qué tal, sobrino Jacobo? —dijo el tío.

—¿Estáis satisfecho del cargamento que he traído a bordo del *Delfín*? —añadió el capitán Playfair, señalando a su valiente esposa.

—¡Vaya que sí! —respondió el digno comerciante—. ¡He vendido el algodón con un 375 por 100 de beneficio!

## VOCABULARIO

**A**

ABOLICIONISTA. Persona que en los Estados Unidos se oponía a la esclavitud de los negros.

ÁNIMA. Hueco del cañón de las armas de fuego.

ARBOLADURA. Conjunto de palos y vergas de una embarcación.

ARMADOR. Persona que equipa y aprovisiona barcos.

ASTILLERO. Lugar donde se construyen y reparan embarcaciones.

**B**

BARLOVENTO. Parte de donde sopla el viento.

BAUPRÉS. Palo horizontal o algo inclinado, que sobresale de la proa.

BOTAR. Echar al agua una embarcación.

BOYA. Cuerpo flotante sujeto al fondo del mar o río, que sirve de señal a la navegación.

BRAZA. Medida de longitud, equivalente a la longitud de un brazo.

**C**

CABRESTANTE. Torno para arrollar maromas o cables.

CALADO. Altura que alcanza la superficie del agua. Dícese también de la profundidad que alcanza la quilla a partir de la línea de flotación.

CASTILLO. Parte de la cubierta principal.

CODASTE. Madero en el extremo de popa de la quilla.

COFA. Especie de mirador colocado en lo alto de un palo.

CORBETA. Embarcación de guerra.

CUTTER. Embarcación a vela.

**D**

DERROTERO. Rumbo que lleva una embarcación.

DOCK. Dársena o muelle rodeado de almacenes.

DRAGA. Máquina para limpiar los fondos de puertos y ríos.

**E**

ESTIBA. Colocación correcta de la carga en una embarcación.

ESTRIBOR. Lado derecho de la embarcación, mirando de popa a proa.

**F**

FRAGATA. Embarcación de guerra de tres palos.

**G**

GABARRA. Embarcación pequeña.

GOLETA. Embarcación fina de dos o tres palos, de bordas poco elevadas.

**J**

JARCIA. Conjunto de aparejos y cabos de un buque.

**M**

MESANA. Mástil o vela situados en la popa.

MILLA. Medida de longitud usada en la navegación. Equivale a 1.820 metros.

**P**

PABELLÓN. Bandera de un país.

PAIRO. Se dice de la nave que está quieta y con las velas tendidas.

PIE. Medida de longitud.

PRACTICO. Persona que por conocimiento del lugar dirige a ojo una embarcación.

PROA. Parte delantera de un barco.

PUENTE. Plataforma situada a cierta altura sobre la cubierta, y desde la cual da sus órdenes el capitán.

**R**

REFLUJO. Movimiento de descenso de la marea.

**S**

SENTINA. Cavidad inferior de la nave.

SOTAVENTO. Costado de la nave opuesta a barlovento.

**T**

TOLDILLA. Cubierta parcial que tienen algunas embarcaciones a la altura de la borda, de el palo mesana hasta la popa.

TOLETE. Estaca pequeña apoyada en la borda de una embarcación y que sirve para apoyar el remo.

**COMENTARIO**

Julio Verne fue algo más que un narrador dedicado a distraer a la juventud. Sus prodigiosas anticipaciones son las que engendraron en muchos científicos la ambición de poner al servicio de la humanidad algunos de los innumerables recursos que nos ofrece la Naturaleza. No resulta exagerado considerarle como uno de los inspiradores de la evolución científico-industrial que caracterizó a su tiempo. El éxito de sus obras no sólo se explica por estas visiones del futuro que posee, sino que además radica en los rasgos de sus personajes. Todos ellos son nobles, intrépidos y simpáticos, sin caer en las exageraciones de las películas. Incluso el sabio distraído y ferozmente egoísta que aparece en no pocas de sus producciones tiene el don de interesarnos y de cautivarnos. El fondo humanitario que trasciende en todas sus obras, el amor al prójimo y el desprecio por la propia vida, la trama siempre amena y muchas veces dramática, su estilo ligero e ingenioso, el diálogo chispeante y, en fin, la gracia de alguno de los protagonistas, que siempre es un francés espabilado, por lo general perteneciente a las clases populares, son los principales elementos que podríamos llamar literarios de Julio Verne. Por otra parte, sería justo negar que muchos de los actuales inventos fueron previstos por él y hasta detallados con exactitud. Rasgo fundamental de la obra de Julio Verne es que supo inculcar en la juventud el amor al bien y a la ciencia.

JULIO VERNE  
(1828 – 1905)

OBRA

Julio Verne nació en Nantes (Francia) en 1828. Estudió Derecho en París y a continuación obtuvo un empleo en la Bolsa. Pero, tanto porque esta ocupación no era de su agrado como porque se sentía atraído por la literatura, intentó escribir obras teatrales, convencido de que este género era más fácil y de mayores rendimientos. Desdeñó los consejos de su padre, ilustre abogado, que le brindaba una vida agradable y un porvenir asegurado si se dedicaba a las leyes. El joven Verne sólo quería ser literato, sin importarle las penalidades que para ello tuviera que pasar. Hacia 1848 escribió dos operetas, en colaboración con Michel Carré, y en 1850 una comedia. Al mismo tiempo colaboraba en *Le Musée des Familles* publicando relaciones de viajes fantásticos que ya eran como una iniciación del género que tanta fama había de darle. Tenía escrita precisamente una primera novela, *Cinco semanas en globo*, pero no encontraba editor que se decidiera a publicarla. El único que no la había visto era Netzel, a la sazón ausente de París. Verne debió esperar a que regresara para presentarla y de inmediato el editor advirtió la novedad y el interés de la obra y le firmó un contrato. Verne tenía entonces treinta y cuatro años. La publicación de *Cinco semanas en globo* en el *Magazin de education* fue un verdadero acontecimiento y su autor obtuvo la celebridad de golpe, lo que le animó a continuar por el mismo camino, escribiendo varias obras que le convirtieron en el novelista más popular de Europa, pues sus libros no tardaron en traducirse a todos los idiomas, incluido el japonés y el árabe. Si bien los críticos y literatos de su época le consideraron como un escritor de poca monta, las siguientes generaciones, en cambio, apreciaron toda la inventiva que encierran sus obras y aún hoy, que tanto han evolucionado los gustos literarios, sigue siendo Verne uno de los autores más leídos. Falleció en Amiens (Francia) en 1905. En esta misma ciudad, el 9 de mayo de 1909, se inauguró un monumento a la memoria del escritor con fondos recogidos por suscripción pública, buena parte de la cual fue aportada por los escolares franceses.

*Cinco semanas en globo; Viaje al centro de la tierra; Las aventuras del capitán Halteras; De la tierra a la luna; Aventuras de tres rusos y tres ingleses; Los quinientos millones de la Begum; La agencia Thompson y Cía.; El doctor Ox; La estrella del sur; La invasión del mar; El faro del fin del mundo; El rayo verde; Robur el conquistador; La vuelta al mundo en ochenta días; Las tribulaciones de un chino en China; Un capitán de quince años; Dos años de vacaciones; Héctor Servada; Miguel Strogoff; Norte contra Sur; La esfinge de los hielos; Veinte mil leguas de viaje submarino; Los hijos del capitán Grant; La isla misteriosa; Mathias Sandorf; Los grandes navegantes del siglo XVIII; De Glasgow a Charleston; César Casabell; El país de las pieles* y muchas más. Todas han sido traducidas al castellano y editadas muchas veces.